

BOLSIBROS BRUGUERA

la conquista del

ESPACIO

ii EXPLOSION !!

glenn parrish

CIENCIA FICCION



BOLSILBROS BRUGUERA

la conquista del
ESPACIO

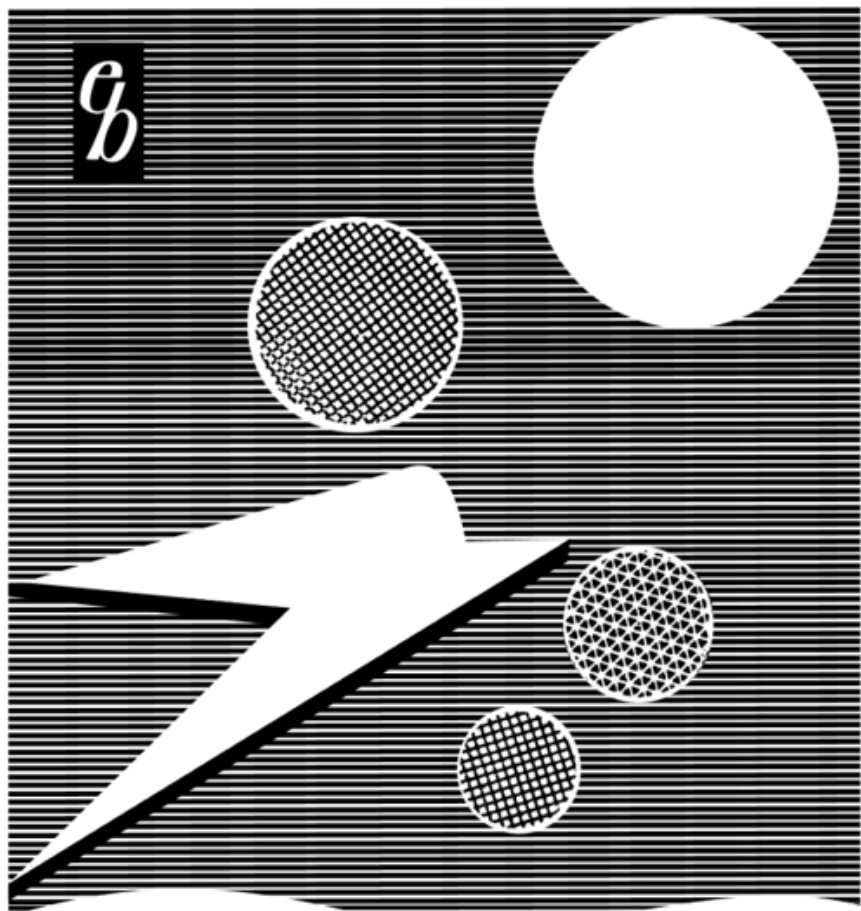
ii EXPLOSION !!

glenn parrish

CIENCIA FICCION



cb



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

**GLENN
PARRISH**

¡¡EXPLOSIÓN!!

**LA CONQUISTA DEL ESPACIO
n.º 250**

Publicación semanal.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 10.956 – 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: mayo, 1975

© **Glenn Parrish** - 1975

texto

© **Salvador Fabá** - 1975

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y
entidades
privadas que aparecen en esta
novela, así como las
situaciones de la
misma, son fruto
exclusivamente de la
imaginación del autor, por lo
que cualquier
semejanza con personajes, entidades o
hechos pasados o actuales,
será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial
Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 — Barcelona —

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

245—El día que no salió el sol, *Ralph Barby*.

1. — Los polizones de la muerte, *Marcus Sidéreo*.
2. — Psicontrol, *Clark Carrados*.
3. —El acuario, *Ralph Barby*.
4. —El traslado, *Marcus Sidéreo*.

CAPITULO PRIMERO

Saltó de la cinta transportadora y contempló especulativamente la casa situada en la suave ladera de la colina, a unos trescientos metros de distancia. Bien, si su sentido de la orientación y el plano de la ciudad no le engañaban, estaba frente a su destino.

Sergio Branell suspiró, mientras hacía saltar en la palma de la mano su última moneda de cinco "solares". Las cosas le habían ido mal en los últimos tiempos, era preciso reconocerlo, si bien Sergio poseía la suficiente sensatez como para admitir que buena parte de su actual situación era debida, en parte, a culpas propias.

Pero lamentarse de lo ocurrido no le serviría de nada. Los recuerdos, buenos o malos, no daban de comer.

Se alejó de la cinta sin prisas, gozando de la mañana primaveral y del sol radiante y de las flores de vivos colores, que despedían deliciosos perfumes. ¿Y cuánto tiempo hacía que no se encontraba en una situación semejante?

Sus fines de semana, sus vacaciones, iban invariablemente dirigidos al mar. Hacía muchísimos años que no salía al campo. Casi le parecía una sensación absolutamente nueva.

El sendero serpenteaba entre una doble hilera de álamos y chopos. Aquí y allá se veían prados esmaltados de margaritas. Un poco más lejos, divisó un campo de trigo verde, con abundancia de amapolas. Mentalmente, felicitó al profesor Würtzum por haber elegido su residencia en aquel paraje.

La ciudad quedaba a lo lejos, envuelta en la neblina de la distancia. Sergio caminó sin prisas, disfrutando del sol, del cielo azul con nubes blancas y de la fresca y perfumada brisa. En aquellos momentos se alegró de estar sin trabajo.

De repente, oyó una voz a sus espaldas:

—¡Eh, oiga! ¡Párese, por favor!

Sergio se volvió. Una hermosa joven corría hacia él, agitando una mano para llamar su atención.

Ella le alcanzó, las mejillas enrojecidas y el seno palpitante por la agitación causada por la carrera. Era muy bonita, reconoció Sergio,

mientras contemplaba a la mujer, vestida con un sencillo traje de una sola pieza, de color azul vivo, que parecía amoldarse a su cuerpo escultural como una segunda piel.

Los ojos de la desconocida eran grandes, de verdosas pupilas. El pelo era negro, con reflejos rojizos. Sergio calculó que debía de andar por los veinticinco años:

—Voy en busca de la residencia del profesor Würtzum —manifestó la joven—. Usted podrá guiarme, sin duda.

—Yo también me dirijo allí, señora, aunque, si le he de ser franco, ésta es la primera vez que voy a ver al profesor.

—A mí me sucede lo mismo —sonrió ella—. Me llamo Elvira Mihar.

—Sergio Branell, encantado y a su servicio, señorita Mihar. ¿Continuamos?

Reanudaron la marcha. Elvira hizo una profunda inspiración.

—¡Un país maravilloso! —exclamó—. ¿También es usted comprador de "transinst"?

Sergio se quedó atónito al oír aquella palabra.

—Señorita, en estos -momentos, mi fortuna no me permite comprar más que las raciones de víveres de dos días —contestó—. Y entre esos víveres no se incluye el denominado...

—El "transinst", o T. I., si usted lo prefiere abreviado, no es comida, señor Branell.

—Entonces, peor que peor. Por si no lo sabía, le diré que estoy parado y que voy en busca del empleo anunciado en los periódicos por el profesor.

—Oh, un sin trabajo.

—Exactamente, señorita Mihar. Pero, ¿qué es eso del T. I...?

De repente, ella pareció sentirse alarmada.

Sergio captó un raro sonido que salía del bolso que Elvira llevaba pendiente del hombro izquierdo. Bruscamente le agarró por un brazo y tiró de él.

—Venga, escóndase, pronto.

Sergio se dejó llevar, completamente estupefacto. Elvira le condujo hasta unos matorrales muy espesos, situadas al otro lado del camino.

—Agáchese —dijo ella perentoriamente.

Sergio obedeció, sin comprender en absoluto las intenciones de la joven. Elvira abrió el bolso y sacó de su interior un grueso tubo de metal negro, pavonado, semejante a un pequeño telescopio.

En uno de sus extremos había una especie de caja oblonga, del tamaño de un paquete de cigarrillos. Elvira, sin hacer caso de él, manipuló rápidamente en la caja.

De pronto, dos hombres aparecieron ante la vista de Sergio. Caminaban rápidamente y había en sus rostros una nota de dureza que le desagradó de inmediato.

La pareja se acercó. Bruscamente, Elvira alargó la mano.

Un levísimo zumbido brotó del tubo. Los dos hombres se quedaron paralizados en el acto, convertidos en sendas estatuas.

—Vamos —exclamó ella alegremente—. El campo está despejado.

Sergio se incorporó.

—Pero... ¿qué les ha pasado...?

—Oh, no se preocupe; esa parálisis es solamente temporal. Un par de horas o cosa así. Pero así no me molestarán mientras converso con el profesor. ¿Seguimos?

Sergio creía soñar. ¿De dónde había sacado la chica aquel arma paralizante?

Pero ella no le dio explicaciones. Caminaba con paso vivo, rítmico, de notable soltura. A su pesar, Sergio tuvo que seguirla y acompañar su marcha a la de ella, para no quedar rezagado.

De cuando en cuando, se volvía. Los dos individuos, a quienes no había visto jamás en su vida, continuaban absolutamente inmóviles.

De pronto, alcanzaron una curva del camino y las dos estatuas humanas desaparecieron de su campo de visión.

—¿Por qué ha venido usted a mi casa? —preguntó el profesor Würtzum.

—Usted publicó un anuncio en los periódicos. Estoy sin trabajo y necesito el empleo.

—Antes que usted, ingeniero Brandell, han venido cinco o seis más. Todos rechazaron el empleo en cuanto supieron la clase de trabajo que tenían que realizar.

—Bueno —sonrió Sergio—, yo no sé nada aún y no puedo garantizar cuál será mi respuesta, pero el sueldo parece bueno.

Würtzum miró con curiosidad al hombre que tenía sentado frente a sí. Luego dio un par de vueltas alrededor de Sergio, quien se sintió incómodo al verse contemplado de tal forma.

—¿Por qué se quedó sin trabajo? —preguntó Würtzum bruscamente. —Metafóricamente hablando, tiré un tintero lleno a la cabeza de mi jefe.

—Genio vivo, ¿eh?

—A veces.

Würtzum lanzó un gruñido. Era un hombre de cincuenta y tantos años, casi calvo y con unos mechones grises que sobresalían de las sienes alborotadamente. Para Sergio, Würtzum tenía todo el aspecto estrafalario y estrambótico de un sabio de película cómica.

—¿Y no tendría razón su jefe al reprenderle, joven? —exclamó Würtzum de pronto.

—En parte, sí, pero no tenía por qué haber dudado de la honestidad de mi madre.

Sonó una risita. Sergio volvió la cabeza enfurecido hacia Elvira, que, sentada casi a su lado, escuchaba la conversación.

—Hizo bien —aprobó el profesor inesperadamente—. ¿Es su esposa? —preguntó, señalando a Elvira con un gesto.

—¿Qué más quisiera yo? —suspiró el joven—. Soy soltero, profesor.

—Nos hemos conocido en el camino a su casa —añadió ella.

—Vaya —gruñó Würtzum—. Entonces, ¿a qué diablos ha venido usted?, señorita...

—Mihar, profesor, pero puede llamarme Elvira. Y los motivos de mi presencia en su casa se deben al deseo de comprarle un T. I.

—¡Eh! —Würtzum lanzó un grito—: ¡Pero nadie sabe que yo he construido...!

—Ella sí lo sabe todo, profesor —dijo Sergio irónicamente.

—Nadie que ha estado en mi casa, ha repetido después lo que habló conmigo —afirmó Würtzum, muy serio—. Ciertamente, todos rechazaron el empleo, pero yo hice que lo olvidaran.

—Con unos cuantos gases magnéticos, supongo.

—No diré el procedimiento, joven. Señorita, mi T. I. no está en venta.

—Le compro la patente, en tal caso —dijo Elvira sin pestañear.

—No.

—Ofrezco veinticinco millones de solares.

Sergio oyó la cifra y se mareó.

—¡Eh! ¿Qué le ocurre? —se alarmó Elvira.

—Una copa, por favor... —Sergio se pasó una mano por la frente—. Ve... veinticinco millones... Estoy soñando. ..

Würtzum se acercó a un aparador y llenó una copa, que entregó inmediatamente al joven.

—Beba, muchacho —dijo—. Sí, es una cifra importante, pero ya ve, a mí, me deja frío.

—¿Cómo? ¿Acaso le parece un poco corta la cifra que he mencionado? —gritó Elvira.

—Aunque citase una suma cien veces mayor, mi respuesta sería siempre la misma: no —Würtzum se volvió hacia el joven—. Sergio, muchacho, el sueldo mensual será de diez mil solares. ¿Qué le parece?

—Pero es que todavía no sé qué tengo que hacer, profesor.

—Probar, experimentalmente, un "transinst" —terció Elvira.

Con helada cortesía, Sergio dijo:

—¿Alguno de los presentes quiere explicarme, por favor, qué diablos es eso de "transinst"?

—Un transportador instantáneo —dijo Würtzum.

Sergio se puso en pie.

—Lo siento, aunque sea a patita, yo me voy a transportar a mí mismo hasta la ciudad. Adiós, profesor; adiós, señorita.

Würtzum meneó la cabeza pesarosamente.

—Lo sabía —dijo, decepcionado—. Ninguno quiere aceptar el empleo. Usted puede irse con él, señorita Elvira.

—Volveré, profesor —aseguró ella.

—Lo dudo mucho. De alguna forma que ignoro, usted ha conocido mis planes. Los olvidará, como Sergio, apenas hayan salido de mi casa —dijo Würtzum con firme acento.

CAPITULOII

Elvira corrió unos pasos fuera de la casa, hasta alcanzar al joven.

—No se dé prisa, hombre —exclamó—. Usted y yo tenemos que hablar mucho, Sergio.

—¿Del T. I.?

—Entre otras cosas —admitió ella con dulce sonrisa.

—Muy bien, empiece.

—Würtzum le ha ofrecido un empleo de diez mil mensuales. Yo le daré el mismo sueldo, Sergio.

—¿A cambio de qué...?

—Obediencia total.

—¿Tengo cara de asesino profesional?

—Oh, vamos, no se lo tome así. A nosotros nos es terriblemente necesario el T. I.... En realidad, necesitamos cientos y quizá miles de T. I.

—¿Para qué tantos artefactos? ¿Piensan montar un negocio de venta al por mayor?

—No, no es eso... Lo siento, Sergio, por ahora no puedo explicárselo. ¿Acepta mi proposición?

Sergio meneó la cabeza.

—Este asunto huele mal —contestó significativamente...

—Pero nuestras intenciones son honestas...

—Lo siento, señorita Minar.

Elvira dejó de sonreír.

—Está bien, no quiero insistir más. De todos modos, me alegro de haberle conocido, Sergio —dijo.

—En eso estamos de acuerdo —sonrió él.

Alcanzaron a los dos hombres convertidos en estatuas y pasaron de largo junto a ellos.

—¿Qué dirán cuando despierten? —preguntó Sergio.

—Oh, nada, simplemente, darán media vuelta y se irán por donde vinieron.

El joven se dio cuenta de que Elvira no quería darle muchas explicaciones. Súbitamente, se percató de un detalle:

—Eh, oiga, Würtzum aseguró que olvidaríamos cuanto habíamos hablado —exclamó.

Elvira sonrió.

—Yo he contrarrestado su... sus rayos amnésicos -dijo un tanto enigmáticamente—. Me convenía, en lo cual usted también ha salido beneficiado.

Sergio calló. Allí ocurría algo que no conseguía explicarse de forma satisfactoria, aunque bien era verdad que ni el profesor ni Elvira se sentían tampoco demasiado dados a explicaciones.

La curiosidad empezaba a ser demasiado fuerte. Como ingeniero, había oído hablar de los T. I., si bien tenía noticias de que la cosa no había pasado de pequeñas experiencias de laboratorio. Ahora, sin embargo, parecía que Würtzum había conseguido un T. I. capaz de transportar a los seres humanos.

De pronto, cuando ya estaban a cincuenta o sesenta metros de la cinta transportadora, se paró en seco y dijo:

—Adiós, Elvira.

Ella le miró un tanto burlonamente.

—Suerte, Sergio —se despidió.

Y siguió andando.

Sergio la contempló, alta, esbelta, una especie de diosa pagana con piel azul, radiante de juventud y belleza. Elvira alcanzó la cinta que conducía a la ciudad y agitó una mano en señal de despedida.

Otra mano masculina hizo un gesto análogo. Luego, Sergio giró sobre sus talones y emprendió el camino de regreso a la casa del

profesor.

* * *

Würtzum abrió la puerta y miró hoscamente al joven.

—¿Qué quiere? —preguntó.

—Acepto el empleo, profesor.

—¿Qué empleo? No sé de qué me está hablando...

—Profesor soy Sergio Branell y usted me pagará diez mil dólares al mes por probar su máquina de transporte instantáneo. Elvira dice que ha conseguido anular los efectos de su máquina de rayos amnésicos.

—¡Rayos! —exclamó Würtzum.

—Amnésicos —sonrió Sergio.

Hubo un instante de silencio. Al fin, Würtzum se echó a un lado.

—Pase, joven —invitó.

—Gracias, "profe".

—Me llamo Hans, Sergio.

—Sí, Hans.

—Esa chica es muy lista —dijo Würtzum, mientras cruzaba la amplia sala en dirección a una puerta situada al otro lado—. ¿De dónde habrá salido?

—Eso es lo que yo me pregunto también, Hans. Nos encontramos casualmente cuando venía a su casa, puede creerme. Pero todo lo que sé de ella, aparte de que es muy bonita, es el nombre. Y lo que ha dicho aquí.

—Ya. ¿De dónde habrá sacado veinticinco millones? —Würtzum parecía muy preocupado al abrir la puerta—. Creí que mi secreto estaría bien guardado...

—Se equivocó, profesor. Pero, dígame, ¿cree que funcionará su máquina?

Würtzum extendió una mano.

—Ahí está la transportadora instantánea —señaló.

Sergio se acercó al aparato, un enorme cajón de cristal, de forma cúbica y de dos metros de lado, con los bordes de metal de color plateado y sección cuadrangular. Eran, simplemente, unos marcos de ensamblaje, con las aristas redondas, aunque Sergio divisó en el interior una serie de agujeros de tamaño no superior al milímetro.

El suelo era de una finísima rejilla del mismo metal. Una especie de pedestal de vidrio translúcido servía de soporte al cajón y un grueso cable partía de dicho pedestal, hasta desaparecer en el interior de una consola de control, tan grande como un piano de cola, situada a unos cuatro pasos de distancia.

—Bien, profesor —dijo Sergio pasados unos momentos—, eso es una T. I., pero, ¿adónde me llevará cuando hagamos la primera prueba?

—Estoy terminando de construir la segunda, a unos ciento sesenta kilómetros de distancia. Tú puedes ayudarme. ¿O tu título de ingeniero es sólo un pedazo de papel?

—El año pasado redacté la tesis doctoral y me dieron la calificación de *cum laude*.

—No está mal, pero te quedaste sin trabajo. Sin embargo, podías haber encontrado otro...

—Mi jefe me puso en la lista negra. Ahora vivo del subsidio de paro.

—Tu jefe es un bandido, Sergio.

—Sólo le falta la pistola y el antifaz —rió el joven—. Bien, ¿por dónde empiezo?

La respuesta de Würtzum fue muy sorprendente:

—Estoy desfallecido. ¿Por qué no comemos un poco antes de ponernos a trabajar?

Sergio levantó los ojos al cielo.

—¡Comer, santa palabra! —exclamó.

* * *

Seis semanas más tarde, el trabajo había quedado concluido.

—De todos modos, profesor —dijo Sergio—, antes de hacer la prueba humana, me gustaría emplear un animal. Todo parece correcto, pero...

—Tus dudas son perfectamente comprensibles, muchacho —admitió Würtzum sin enojarse—. ¿Qué te parche una gallina?

—No está mal. Iré a buscarla inmediatamente.

Würtzum tenía una segunda residencia, a la distancia que ya había indicado, que casi parecía un duplicado de la primera. Ambas estaban unidas por un circuito cerrado de televisión, que les permitirían ver el resultado del experimento sin necesidad de moverse de la segunda casa, en la que se encontraban actualmente.

Sergio salió al jardín de la parte posterior. Había un pequeño gallinero, con alimentadora automática para los animales allí encerrados. Eligió una rolliza gallina, y la trajo consigo al laboratorio, sin hacer caso de las cacareantes protestas del volátil.

—No te preocupes, preciosa; todo saldrá bien —dijo, en el momento de meter a la gallina en la caja de vidrio.

Würtzum estaba ya sentado frente a la consola de mandos. Sergio cerró el cajón acristalado y luego se acercó al profesor. Sobre la consola, se divisaba una gran pantalla de televisión, que permitiría contemplar el otro laboratorio con todos sus detalles.

Las manos de Würtzum se movieron ágilmente por el teclado. Sergio se fijaba en los gestos del profesor. Le convenía aprender a fondo el manejo de la transportadora.

—Bueno —dijo Würtzum de pronto—, veinte segundos más y la gallina aparecerá instantáneamente en el otro T. I.

De repente, Sergio vio algo que llamó poderosamente su atención.

—¡Profesor, mire! —gritó.

Würtzum levantó la vista hacia el televisor. Una maldición se escapó de sus labios:

—¿Adónde vas, idiota?

Un segundo hombre apareció en la pantalla. Sergio creyó reconocer a los dos que Elvira había paralizado con su misteriosa arma.

—Llámeles, profesor —dijo Sergio—. Ordéneles que no hagan...

—Es inútil. No hay circuito sonoro.

Sergio se pegó una palmada en la frente.

—Pero, profesor...

—¿Para qué, si lo que necesitamos es imagen? Claro que hay una línea telefónica...

—Úsela, pronto.

—Ya es demasiado tarde. Todas las operaciones están realizadas y la máquina, una vez en condiciones de funcionar, actúa a los treinta segundos.

Sergio asintió. Sí, era cierto. Pero aquellos dos intrusos no lo sabían.

De pronto, uno de ellos abrió el cajón de vidrio y se metió en su interior.

—¡No! —aulló Sergio.

Se oyó un zumbido espantoso. A través de la pantalla se vio una explosión sangrienta. El estallido se repitió en el cajón en donde estaba la gallina.

Saltaron algunos fusibles. La consola chispeó violentamente.

—¡Desconecte la energía! —gritó Sergio.

Würtzum tiró de una palanca. Luego, lo mismo que el joven, se volvió hacia la transportadora.

Sergio se aterró al contemplar el espectáculo. En el fondo de la

máquina había un montón de pasta rojiza, de la que fluían numerosos arroyuelos del mismo color.

El estómago se le revolvió. Miró hacia la pantalla y vio que las paredes del otro cristal aparecían con enormes manchas rojas.

Sergio apreció que el otro sujeto, aterrado por lo ocurrido, escapaba a la carrera. Pero ya no pudo seguir contemplando nada más, porque, de pronto el estómago le avisó de la conveniencia de ir al baño con toda urgencia, por medio de un violento espasmo.

* * *

La puerta se abrió. Una cabeza, adornada con una hermosa cabellera negra, asomó por el hueco.

—Triste le veo, Sergio —dijo Elvira.

Sergio se volvió un instante hacia la entrada del apartamento.

—Hola —dijo desmayadamente.

16 —

—Llamé, pero, por lo visto, usted no oía nada, así que me arriesgué a abrir. ¿Qué le sucede, Sergio? ¿Dificultades con la T. I.?

—He cancelado el contrato que me unía al profesor-De nuevo estoy sin trabajo.

Elvira se sentó a su lado. Ahora vestía una liviana blusa blanca, sin mangas, falda muy corta, del mismo color, y botas altas a juego.

—La máquina ha fallado —adivinó.

—Si usted hubiera visto lo que yo vi...

—Pero tengo entendido que la T. I., no podía fallar, Sergio.

—No me recuerde ese horrible artefacto, se lo ruego.

—Voy a pedirle un favor. ¿Tiene café en casa?

—Sí, en la cocina...

Elvira se puso en pie y cruzó la sala.

—Traeré café y usted me lo contará todo —sonrió.

Minutos más tarde, Elvira estaba enterada de lo sucedido en la segunda residencia del profesor. Cuando Sergio hubo terminado de hablar, ella dijo:

—Eso es culpa de Hipphar.

—¿Hipphar? —repitió Sergio, asombrado.

—Bueno, aquí utiliza otro nombre... Y otras armas, por supuesto. Estoy segura de que los dos tipos a quienes paralicé, uno de los cuales murió en el experimento, eran esbirros suyos.

—Pero, ¿quién es Hipphar? ¿Qué diablos hace?

Elvira tenía la expresión seria y concentrada.

—Este es un asunto mucho más grave de lo que usted se piensa, Sergio —declaró—. Sencillamente, es un caso de supervivencia.

—Oiga, usted tiene un aspecto sanísimo...

—No se trata de mí, sino de los doscientos y pico de millones de habitantes de Phoetus.

—Phoetus —repitió él, atónito.

—Sí, el mundo donde nací y del que procedo —confirmó Elvira, sin variar en absoluto su expresión de seriedad.

—Usted es... de otro mundo...

—Dejando de lado cierto sentido despectivo que pueda tener esa expresión, así es Sergio.

De pronto, Sergio se levantó y corrió hacia una consola. Llenó una copa y despachó su contenido de un solo trago.

—Una extraterrestre —dijo, con la vista fija en el hermoso rostro de su visitante.

—He adoptado un nombre, la indumentaria y las costumbres

locales —sonrió Elvira—. Pero Hipphar también lo ha hecho, por desgracia.

—Hace algunos años ya que se entablaron contactos con seres de otros mundos. He visto películas y leído libros e informaciones al respecto, pero nunca había tenido ocasión de contemplar directamente a una persona no nacida en la Tierra —declaró Sergio.

—No somos distintos de ustedes —contestó ella.

—Sí, ya veo, pero, ¿qué es lo que pretende Hipphar, Elvira?

—Simplemente, apoderarse de los planos de la T. I., y dirigir la evacuación de Phoetus a su gusto, lo que significa que sólo podrán sobrevivir sus partidarios.

CAPITULOIII

Antes de que Elvira siguiera adelante, Sergio se levantó y, acercándose al videófono, marcó un número.

El rostro de un hombre todavía joven y de aspecto agradable, apareció a los pocos momentos en la pantalla.

—Hola, Sergio. ¿Qué te sucede? —preguntó el hombre.

—Tengo que pedirte un favor, Dan. Necesito que me prestes uno de tus interrogadores,

—¿Para qué quieres tú ese cacharro? Que yo sepa, en tu oficio no se necesita...

—Ahora, sí, Dan Lowery.

—Está bien, si tú lo dices... Ven cuando gustes.

—Gracias, Dan.

Sergio tocó la tecla de cierre. La pantalla se apagó.

—Vamos, Elvira —dijo.

Ella se puso en pie.

—Pero todavía no le he explicado...

—Ni quiero que lo haga, hasta que yo se lo ordene.

La mano de Sergio se apoderó de la de Elvira. Ella siguió sin más protestas.

Tres cuartos de hora más tarde, Sergio decía:

—Dan, te presenté a Elvira Minar. Elvira, el doctor Lowery, especialista en psiquiatría.

—Yo no estoy loca —gritó ella.

—Nadie ha dicho tal cosa. Pero en la profesión de mi amigo se emplean ciertos artefactos, que no son de uso público. ¿Dan, nos dejas solos?

—Encantado —accedió el psiquiatra.

Estaban en la sala de consulta. Sergio hizo que la joven se sentara en un sillón, en cuyo respaldo había un gran casco de metal, conectado por unos cables a una máquina con diversos registros. Sergio acomodó a Elvira en el sillón, y bajó el casco hasta cubrirle el rostro casi por completo.

A continuación sujetó sus muñecas y tobillos con sendas abrazaderas de metal, cuya superficie interior estaba recubierta de finísimas puntas de aguja. Sergio comprobó el perfecto ajuste de la máquina y luego se acercó al cuadro de mandos.

—No tema nada, Elvira. No va a sufrir el menor daño. Simplemente, quiero conocer la veracidad de sus respuestas.

—¿Me toma por una mentirosa? —preguntó ella. —En absoluto. Lo que pasa es que usted puede creer que algo es verdad, no siéndolo. ¿Está lista? —Sí, cuando quiera.

Sergio había puesto ya la máquina en funcionamiento. Las lámparas de control brillaban satisfactoriamente.

—¿Qué pasa en Phoetus? —preguntó. —Está amenazado de destrucción. Los sabios opinan que no puede tardar más de diez o quince años en desintegrarse. En realidad, algunos fragmentos han saltado ya al espacio. Va a ocurrir una catástrofe semejante a la que originó el cinturón de asteroides que hay entre Marte y Júpiter, en nuestro sistema solar. También allí había un planeta, que se desintegró, debido a que no pudo resistir las elevadas tensiones gravitatorias a que estaba sometido.

—Creo que comprendo —dijo Sergio—. Ahora bien, ¿cuáles son los planes de Hiphar?

—Formaba parte de nuestro gobierno y fue desposeído de su cargo, por lo que aquí se llamarían irregularidades. En realidad, pretendía gobernar solo. Su conducta fue juzgada públicamente y castigada por votación de diez mil personas, elegidas entre el pueblo de Phoetus. Es la ley.

—¿Cuál fue el resultado de la votación?

—Ocho mil doscientos votos en favor de la destitución, mil cien en contra, es decir, favorables a Hiphar, y el resto nulos.

—Esa votación, ¿puede representar un nivel aceptable de la opinión pública de Phoetus?

—Sí, rotundamente sí.

—Eso significa que un ochenta y dos por ciento de los votantes estaban contra Hiphpar.

—Exactamente. Nuestras computadoras eligieron a las personas con derecho a voto. Durante dos semanas, se les informó con todo detalle del proceso seguido a Hiphpar. Por supuesto, a éste se le permitió defenderse con toda clase de argumentos. No se le puso cortapisa de ninguna clase para su defensa.

—Muy democrático, sí, señor. Pero cabría suponer que, de los doscientos millones de habitantes de Phoetus, veinticuatro están a su favor, suponiendo que los niños y menores de edad pudieran votar.

—En efecto, así es. Y a esos es a los que se quiere llevar a Shyltom, abandonando a los demás a su destrucción.

—Un tipo cariñoso y amante de su pueblo. En vista de que no puede gobernar Phoetus a su gusto, lo hará en..., ¿cómo se llama ese otro planeta?

—Shyltom —repitió Elvira.

—Además, es de suponer que tendrá una corte de incondicionales, que harán absolutamente todo cuanto él les ordene. .

—Digamos más bien su ejército privado.

Sergio contempló los aparatos de registro. Tanto en la pantalla osciloscópica, como en las cintas que se devanaban continuamente, aparecían unas líneas rectas, que indicaban una absoluta sinceridad en las respuestas de la consultada.

Desconectó la máquina. Luego liberó a Elvira de sus ataduras.

—Ya me dará más detalles en otra ocasión —sonrió.

—¿He sido sincera? —preguntó ella.

—No sólo está convencida de la verdad, sino que no la han convencido otros, de que declarase de ese modo.

Elvira dirigió la vista hacia la máquina.

—A nosotros nos hubiera hecho falta un aparato como éste —dijo—. Entonces, Hiphpar no habría entrado a formar parte del gobierno.

—Eso es algo que ya no se puede remediar. Lo que sí trataremos de evitar es que Hippihar se lleve a Shyltom solamente a sus partidarios. ¿Acaso no hay otro planeta mejor?

—No, al menos, en nuestro sistema solar. Es el único habitable, aparte de Phoetus..., que pronto se hará inhabitable.

* * *

La cara del profesor Würtzum apareció en la pantalla tras la correspondiente llamada de Sergio. Würtzum sonrió.

—Por fin te has decidido —dijo.

—Así es, profesor. Ya... ya tengo reparado el estómago —contestó el joven.

—Tendrías que haber estado en mi sitio. ¿Quién recogió todo aquello con una aspiradora? ¿Quién limpió las máquinas y las puso de nuevo en estado de funcionamiento?

—No me hable, profesor, me estremezco sólo de pensarlo. Está bien, sólo quería decirle que mañana me tendrá ahí, para reanudar el trabajo.

—De acuerdo, pero ten cuidado. Ahora he instalado sistemas de alarma muy eficaces. Habrá un interfono a cincuenta metros de la casa. Es muy visible y no debes rebasar su nivel, mientras yo no te lo permita.

—Conforme, profesor. Hasta mañana.

Debiera haber tomado antes las precauciones, se dijo Sergio, mientras abría la puerta de su apartamento. A la noche tenía planeado cenar con Elvira. Ella le contaría más cosas, que completarían las nociones que ya tenía de los conflictos de Phoetus.

Y también quería saber la forma en que Elvira había llegado a la Tierra.

—A pie no, desde luego —murmuró, en el momento de ponerse sobre una cinta transportadora.

Se dejó llevar a lo largo de varias manzanas. Desembarcó al suelo firme y entró en un lugar donde sabía encontraría a un conocido, que había estado un par de veces en mundos habitados, muy distantes de la Tierra.

El hombre del mostrador le informó que su amigo no había llegado todavía.

—Esperaré —decidió Sergio.

Pidió un café. Al cabo de unos momentos, oyó una suave voz femenina:

—Caballero, ¿fuego, por favor?

Sergio volvió la cabeza y sonrió. La rubia tenía un rostro cautivador y un cuerpo espectacularmente contorneado. El escote de su vestido no era menos espectacular.

—Con mucho gusto, señora —accedió Sergio.

Encendió una cerilla. La rubia inhaló el humo y le lanzó una bocanada a la cara.

—Aquí hay mucha gente —dijo.

—Sí —convino él.

—En mi casa estaríamos mejor, Sergio.

—Como tú digas.

Ella se apeó del taburete.

—Me llamo Ida Raschenburg —manifestó.

—Eres guapa, Ida.

—Gracias, Sergio. Dame el brazo, ¿quieres?

—Con muchísimo gusto.

Sergio e Ida salieron a la calle. Al llegar a la puerta, se cruzaron con el astronauta. Sergio no reparó en él.

El astronauta se acercó al mostrador.

—Buena caza —sonrió el *barman*.

—Como que le ha olvidado a usted por completo —dijo el mozo.

—¿Me buscaba Sergio?

—Sí, pero apareció esa beldad y... Oiga yo he oído hablar de la guerra relámpago, del flechazo en amor, pero es que lo que le ha pasado al señor Branell es algo increíble.

—Hay tipos con suerte —declaró el astronauta. Minutos más tarde, Sergio entraba en una casa lujosamente amueblada. Ida le indicó un sillón. —Siéntate, por favor —dijo.

Sergio obedeció.

Estaba narcotizado y no lo sabía.

Ida abandonó la sala unos momentos. Cuando regresó, tres hombres volvían con ella.

—Ahí lo tiene, conde —señaló Ida—. Pero dese prisa o despertará pronto.

—No te preocupes, Ida. Yo me encargaré de que la cosa continúe hasta que nos convenga.

—Esos cigarrillos son muy rápidos, conde —dijo la rubia.

—El filtro anuló sus efectos narcóticos para ti —sonrió el hombre alto, delgado y de cejas picudas—. Pero este gas durará mucho más.

Los otros dos individuos permanecían silenciosos, sin hacer el menor movimiento. El conde sacó un lápiz metálico del bolsillo y lo acercó a la cara de Sergio, que permanecía en la misma postura.

Un chorrillo de gas dio de lleno en la nariz del joven. Ida suspiró.

—Tan guapo —murmuró.

—Hay más hombres, Ida —dijo el conde.

—Sí, lo sé, pero... ¿Qué hará después con él?

—Lo mismo que tú con tus toallitas de maquillaje cuando ya las has usado.

Ida se estremeció.

—Pobre Sergio —se lamentó.

El conde hizo un gesto con la mano.

—Grabadora —ordenó.

Uno de sus secuaces abandonó la sala. Momentos más tarde volvió, empujando un carrito de ruedas.

—Conde, ¿no podría haber empleado una grabadora portátil? —preguntó Ida.

—Además de palabras, necesitamos también grabar imágenes. Los planos que están en la mente de Sergio son muy complicados —respondió el conde.

Se acercó a Sergio y le encasquetó unos auriculares, situados a ambos lados de una semiesfera hecha de una malla compuesta por miles de finísimos hilos brillantes. Comprobó la perfecta situación del instrumento y volvió junto a la máquina.

—Dentro de media hora, sesenta minutos, todo lo más, tendremos una completísima información acerca de las transportadoras instantáneas del profesor Würtzum —aseguró.

* * *

Elvira llegó a casa de Sergio y se encontró con la desagradable sorpresa de la ausencia de su dueño.

La joven se sintió preocupada. Tenía la seguridad de que Sergio iba a esperarla. Pero no había sido así y las aprensiones invadieron su ánimo.

De pronto, tomó una decisión. Abrió el bolso y sacó una cajita semejante, en el tamaño, a un paquete de cigarrillos. En una de sus caras tenía una diminuta pantalla, de tres centímetros de anchura por dos de longitud.

Presionó un botón. La pantalla se encendió. Elvira movió la caja, hasta que vio aparecer en ella una línea amarilla, rematada por una

flecha, que señalaba la puerta.

Salió sin vacilar. La flecha oscilaba, indicándole la dirección correcta. Elvira siguió puntualmente el camino que le señalaba la rastreadora. Así llegó al bar donde Sergio había conocido a Ida.

Entró en el bar, pero apenas había llegado a la barra, la flecha osciló visiblemente. Sin reparar en las miradas de asombro de clientes y camareros, volvió a salir a la calle.

Un cuarto de hora después, la flecha señaló la puerta de un edificio de apartamentos. Elvira entró sin vacilar.

La rastreadora seguía puntualmente el camino de Sergio. Al llegar al piso veintidós, Elvira abandonó el ascensor.

Momentos después, la flecha señalaba una puerta. Elvira hizo un par de pruebas. Ya no cabía la menor duda; Sergio estaba al otro lado.

Estaba segura de que Sergio no había ido allí por su voluntad. Sobre todo, después de haber leído la plaquita de metal, en la que constaba el nombre del ocupante del apartamento: CONDE DINO BISSATI.

—Siempre tuvo manía por los títulos —dijo, a la vez que guardaba la rastreadora en el bolso y sacaba el tubo que ya había utilizado en cierta ocasión.

Abrió con la mano izquierda. Oyó voces al otro lado.

—Es magnífico —dijo alguien—. Los planes salen como de la mano del dibujante...

Elvira asomó la cabeza. Un hombre sostenía en las manos un gran rectángulo de papel, contemplándolo con expresión satisfecha.

Los secuaces permanecían a un lado. Sentada lánguidamente en un diván, había una hermosa rubia.

Sergio permanecía inmóvil, en un sillón. Elvira se dio cuenta en el acto de su situación.

Manipuló en la caja de control del tubo. Un rayo de luz salió repentinamente de su extremo, alcanzó el papel y lo inflamó en el acto.

El conde lanzó un aullido y soltó el papel, que ardía

aparatosamente. Elvira disparó otra descarga contra la grabadora. El aparato estalló en chispazos.

Ida se puso en pie, gritando frenéticamente. Elvira volvió a utilizar el tubo, pero ahora ya en mando paralizante.

Cinco segundos más tarde, una rubia y tres hombres estaban convertidos en sendas estatuas. Elvira contempló un instante la humeante grabadora y decidió que el piso no corría peligro de incendio. Los papeles quema, dos no habían dejado sino unas pavesas negras en el suelo.

Tranquila al respecto, Elvira se acercó al joven.

—Sergio, levántate —ordenó.

El mandato fue cumplido instantáneamente.

—Sígueme.

Sergio obedeció, con la mansedumbre de un autómatas.

CAPITULOIV

Elvira llenó la copa y se la ofreció a Sergio.

—¿No será contraproducente tomar alcohol después del narcótico?
—consultó él, aprensivo.

—Ya estás libre por completo de los efectos de la droga —sonrió Elvira

Sergio, tranquilizado, bebió un par de tragos.

—¿He soñado? —preguntó.

—Tienes recuerdos confusos, faltos de precisión... para ti, lo que ha ocurrido está a caballo entre la ficción y la realidad —dijo Elvira.

—Sí, es cierto, y aun así, no me acuerdo siquiera de cómo me atraparon. Veía y oía, pero tenía que obedecer a lo que me ordenaban... A veces, incluso, me parecía como si me succionasen el cerebro...

—Simplemente, vaciaban tu mente de conocimientos, a partir de una determinada fecha, claro. En suma, pretendían conseguir sus propósitos de la forma más barata y económica posible: reproduciendo cuanto recordaba tu mente con respecto a la T. I.

—Ya entiendo —Sergio vació la copa—. Pero no sé si eso hubiera sido suficiente —añadió.

—El conde Bissati tiene científicos adictos que habrían corregido fácilmente cualquier defecto en la máquina que hubieran construido a partir de los planos que tú les suministraste.

—Parece lógico. Sin embargo, lo que no entiendo es cómo habéis llegado a saber todo esto.

—Te lo explicaré en otro momento. Sergio, yo te he ayudado. ¿No me ayudarás tú ahora? Sabes que mis propósitos son sinceros...

—No depende de mí solamente, Elvira.

Ella se quedó muy pensativa.

—Sí, ya sé que el profesor Würtzum se niega a vendernos la patente de su T. I. Pero tú podrías hablarle, persuadirle para evitar que ciento

ochenta millones de personas acaben de una manera desastrosa. Esas gentes quieren sobrevivir, ¿comprendes?

—Estoy de acuerdo contigo, Elvira; pero, dime una cosa, ¿cómo trasladar a tanta gente de Phoetus a Shyltom en tan pocos años, diez, quince como máximo? ¿Tú sabes lo que costaría construir miles y miles de T. I.?

—Bueno, no resultaría tan difícil. Es más, teniendo un par de originales, de funcionamiento satisfactorio, podríamos reproducir varios miles en el espacio de pocos días, semanas tal vez.

Sergio se quedó con la boca abierta.

—¿Es que en Phoetus son todos ingenieros? —exclamó, pasmado.

—Oh, no, en absoluto. Pero tenemos R. I. y podemos construir más, todas las que queramos.

—¿Cómo? ¿Qué es un R. I.?

—Reproductora Instantánea. De toda clase de objetos, excepto de seres vivientes. Esa máquina duplica, triplica o multiplica cuantas veces desees el objeto que gustes, siempre que no sea una persona, animal o planta.

A Sergio se le cayó la mandíbula inferior.

—Fantástico —dijo.

—Lo es, en efecto —sonrió Elvira.

—¿Y sabiendo construir R. I. no podéis hacer una T. I.?

—Una reproductora no traslada los objetos, salvo del interior de la máquina al exterior, a su lado; pero una T. I. sí lo hace y con seres vivos además. Lo cual significa que, en este aspecto, estáis más adelantados que nosotros.

—Ya —murmuró Sergio—. De modo que teniendo dos T. I.... ¿Y por qué no una, simplemente? Luego podríais reproducirla todas las veces que os hiciera falta...

—Las máquinas de transporte son como los aparatos de radio: para recibir, necesitan que haya una fuente emisora. Por tanto, necesitamos una en Phoetus y otra en Shyltom.

—Ahora lo entiendo. Bueno, Elvira, por mi parte no hay inconveniente en apoyar tus peticiones. Sin embargo, no respondo del éxito.

Ella le dirigió una cálida sonrisa.

—Estoy segura de que lograrás convencer al profesor —contestó.

—De modo que me narcotizaron y...

—No consiguieron nada. Quemé los planos y destruí la grabadora —declaró Elvira.

—Ellos pueden disponer de una R. I. —exclamó Sergio.

—No es una máquina que se lleve en un maletín, al menos, del tipo que se necesita para duplicar una T. I.

—Ah, ya entiendo. Tienen que llevarse allí un ejemplar de T. I. o, por lo menos, los planos.

—Exactamente, así es.

—Elvira, ¿los narcóticos que me han aplicado, ¿son incompatibles con la comida terrestre?

—No. ¿Por qué lo dices? —preguntó ella, asombrada.

—Estoy muerto de hambre.

Elvira se echó a reír y se puso en pie. Habían vuelto al apartamento de Sergio, en donde había tenido lugar el diálogo. La mano de la joven se extendió hacia Sergio.

—Vamos —dijo—, tú podrás guiarme a un buen restaurante.

* * *

A la mañana siguiente, Sergio y Elvira se detuvieron a un paso del interfono que Würtzum había situado en las proximidades de su casa. Aparentemente, sólo era un poste, con una caja que contenía los mecanismos, a cosa de metro y medio del suelo.

Sergio presionó el botón de contacto. Inmediatamente, se oyó una voz brusca:

—¿Quién es?

—Profesor, soy Branell.

—Ah, hola, Sergio, ya era hora —contestó Würtzum—. Espera un momento; voy a desconectar la barrera de energía.

Un pajarillo revoloteó en aquel momento, lanzándose en picado tras un grueso abejorro. El insecto chispeó y desapareció. Una fracción de segundo mas tarde, el pajarillo ardió como una pavesa.

Sucedió a un metro de distancia del interfono. Sergio se estremeció.

—¡Demonios! Eso sí que es una buena protección —comentó.

La voz de Würtzum se dejó oír de nuevo:

—Adelante, muchacho.

Sergio agarró el brazo de Elvira.

—Vamos. Y si oyes palabrotas, no te escandalices. He pasado algunas semanas con el profesor y sé que se dispara cuando se enfada.

—No te preocupes —contestó ella.

Ninguno de los dos se dio cuenta de que había unos ojos sagaces que les contemplaban ocultos tras unos arbustos. Cuando la pareja entró en la casa, el hombre se acercó a los labios un diminuto transmisor, no mayor que una caja de fósforos.

—Conde —llamó.

—¿Sí, Pivone?

—El ingeniero y la dama acaban de entrar en la casa del profesor.

—¿Puedes acercarte más?

—Lo siento. Tiene una barrera de energía en círculo, a cincuenta metros de la casa. Si la rompiera, sonaría la alarma de inmediato.

—Está bien, sigue ahí, Pivone.

—Bien, conde.

Dentro de la casa, Würtzum lanzaba continuamente rayos y venablos por la boca, a consecuencia de la no esperada presencia de Elvira. Sergio acabó por hartarse.

—¡Basta ya, Hans! —exclamó—. Si no le gusta la presencia de la señorita Mihar en su casa, dígalos de una vez, pero con palabras corteses, sin insultarnos a los dos. Ahora bien, como veo que no quiere que Elvira siga aquí, ella se marchará. Y yo la seguiré en el acto.

Aquellas enérgicas palabras acabaron por amansar al iracundo científico.

—Está bien, que se quede..., pero que no meta la nariz en nuestro trabajo.

—Ella no ha venido a trabajar, sino a comprar, profesor.

—No vendo, ¿me entienden? No vendo, no, no, no y mil veces no...

—Profesor, permítame que le explique una cosa —dijo Sergio—. Ayer me secuestraron y, por medio de una máquina muy perfeccionada, extrajeron de mi cerebro todos los conocimientos referidos a su T.I. Tan perfecta es esa máquina, que reproduce absolutamente y en forma gráfica además, no solamente sonora, cualquier trabajo que el sujeto experimental haya llevado a cabo. Por ejemplo, los planos de su T. I.

A Würtzum se le doblaron las piernas.

—¿Es... es eso cierto? —preguntó.

—Rigurosamente verídico —insistió Sergio.

—La máquina y los planos duplicados fueron destruidos —terció Elvira—, con lo que el secuestro de Sergio no les sirvió para nada.

—Pero ¿es que hay más gente que quiere mi T. I.?—preguntó débilmente el profesor.

Sergio asintió.

—¿Acaso no recuerda ya aquel sujeto que entró en una de las máquinas, segundos antes de que se iniciara su funcionamiento? Pero será mejor que Elvira le explique todo. Mientras, yo prepararé café.

Würztum se quedó con Elvira. Sergio fue a la cocina y llenó una cafetera con agua caliente. Puso tazas, platos y cucharillas sobre una bandeja, añadió el azúcar y, finalmente, sacó de una alacena un tubo de tabletas de café instantáneo. Con todo ello en la mano, regresó a la sala.

Llenó las tazas de agua caliente y añadió a cada una su correspondiente tableta de café. Elvira seguía con la narración de los sucesos políticos de su planeta. Würztum la escuchaba embobado.

Minutos más tarde, Würztum hizo un vigoroso movimiento de cabeza.

—De acuerdo. Si todo eso es cierto...

—Lo he comprobado yo con un detector de mentiras, profesor —afirmó Sergio—. Ella es totalmente sincera.

Elvira abrió el bolso y extrajo un rectángulo de papel.

—Veinticinco millones, profesor —dijo.

—Pero... Es demasiado...

—Acepte esa suma, por favor —sonrió la joven—. En comparación con las vidas que va a salvar, es una minucia.

—Bien, de momento, entregaré copias de los planos y cuantos apuntes he hecho para construir mi T. I. —dijo Würztum—. El único defecto que le encuentro yo a la máquina es, tal vez, un excesivo consumo de energía.

—Eso podría arreglarse con un generador particular, profesor —dijo Sergio.

—Indudablemente, pero, aun así, la energía que se necesita para trasladar a una persona a través de sesenta millones de kilómetros no se puede conseguir con un generador convencional. Construir uno mucho más potente no sería difícil, pero las cosas resultarían mucho mejor si dispusiéramos siquiera de una veintena de kilos de "energium". Con esa cantidad de combustible, el generador podría funcionar un año seguido sin pararse y a una potencia de mil megavatios.

—¿Qué es el "energium"? —preguntó Elvira, llena de curiosidad.

—Te lo explicaré en otro momento —dijo Sergio—. Profesor, ahora empezaremos a revisar las dos máquinas. Cuando veamos que funcionan, probaremos con animales vivos. Después, yo mismo me someteré a una prueba. Y finalmente, copiaremos todos sus planos y apuntes. ¿Le parece bien?

—No hay objeción —contestó Würtzum.

CAPITULOV

Aunque incompletas, dado que la cámara no podía entrar en la casa, las imágenes llegaban con gran frecuencia a la residencia de Dino Bissati. Sus secuaces se encargaban de vigilar día y noche la casa de Würtzum y estaban provistos de cámaras que captaban todo cuanto se podía divisara través de las ventanas.

Ida Raschenburg estaba contemplando la pantalla de televisión, en la que aparecían Sergio y Elvira, él trazando unos planos sobre una mesa de dibujo, mientras ella, con un cuaderno en la mano, le dictaba algo. De pronto, entró Bissati.

—Ya lo tengo —dijo, enseñando el tubito de vidrio que sostenía con dos dedos de la mano derecha.

Ida, vestida espectacularmente, se volvió hacia el hombre.

—¿Qué es? —preguntó.

—El narcótico que no fallará, mientras tú no lo desees. Incluso durmiendo tú, él seguirá hipnotizado.

—Creo que entiendo. No quieres que haya interferencias de otras mentes ni de otros aparatos...

—Exactamente. —Una sonrisa mefistofélica se formó en los delgados labios del conde—. Y si a eso añadimos que hemos localizado la nave de Elvira, podemos afirmar, sin lugar a dudas, que ahora estamos más cerca de conseguir el objetivo que nunca lo hayamos estado.

—Magnífico —aprobó Ida—. ¿Cuándo empezamos?

—En cuanto Pivone o Martone nos avisen —respondió Bissati.

Ida volvió sus ojos hacia la pantalla.

—Todavía están trabajando —dijo.

—No puede faltarles ya mucho. Llevan seis semanas largas. ¿Sabes?, ayer, mientras dormía, vi realizar las primeras pruebas con personas. ¡Algo sensacional, querida!

Ida abandonó su lánguida postura en el acto.

—¿Viste funcionar la máquina? —exclamó.

—Sí. El propio Sergio entró en ella y desapareció, trasladado instantáneamente a la otra T. I. Al cabo de unos minutos, reapareció y salió de la caja de cristal con la misma desenvoltura que tú sales del baño.

Se oyó un leve silbido.

—No cabe duda, Würtzum es un científico de excepcional valía —comentó.

—Pero no es político y yo sí lo soy —rio Bissati, satisfecho. Se inclinó hacia Ida y la miró ardiente, mente—. Estarás a mi lado cuando triunfe —añadió,

Ella alargó los brazos y tiró de su cuello.

—Sí, mi dueño y señor —contestó.

Unos minutos, más tarde, Bissati volvió a enseñar el tubito de cristal, mediado de un líquido ambarino, muy claro, de casi absoluta transparencia.

—Voy a enseñarte cómo funciona —dijo.

Casi a la misma hora, Sergio se apartaba del tablero de dibujo, con la mano sobre la frente.

—¿Te sientes mal? —preguntó Elvira.

—No, un poco cansado... Algo cargada la cabeza...

—Creo que nos convendría un poco de diversión —sonrió ella—. Cena en algún lugar con espectáculo, por ejemplo., y a mí me gustaría también comprarme algo de ropa. Es preciso tener en cuenta que partiremos muy pronto hacia Phoetus.

—Es verdad —exclamó Sergio—. Todavía no sé cómo has llegado hasta aquí...

—En mi astronave, claro, la cual, como puedes comprender, está adecuadamente escondida.

—Inmigración ilegal, ¿eh?

Elvira se echó a reír.

—No resultó difícil —contestó—. Vamos a despedirnos del profesor y a decirle que nos vamos a tomar todo un día entero de descanso.

—Lo vamos a dedicar a la orgía y al desenfreno —contestó Sergio humorísticamente.

* * *

Sergio entró en su apartamento, en el que hacía semanas no estaba, y se dirigió inmediatamente al cuarto de baño. Después del aseo, eligió un traje que estimó convenientemente para acompañar a Elvira a la cena. Sí, necesitaban distraerse un poco; habían sido seis largas semanas de trabajo intensivo y ambos se sentían un tanto fatigados.

Estaba terminando de vestirse, cuando notó un débil olor, un perfume que le resultaba completamente desconocido, pero muy agradable. Aspiró con fuerza.

El perfume sólo podía proceder de una persona.

—¿Elvira? —llamó.

—Sí, querido —contestó una dulce voz desde la sala.

—Te has dado mucha prisa en cambiarte de ropa.

Sonó una risita.

—Quería estar cuanto antes de nuevo a tu lado —contestó ella.

Sergio sonrió, a la vez que se ataba el lazo negro sobre la camisa impoluta. Se puso la chaqueta del traje de fiesta y abandonó el dormitorio.

Elvira estaba allí, vestida espectacularmente: traje rojo, escotadísimo por delante y por la espalda, y bolso y zapatos a juego. El color de la tela parecía el de las llamas de una gran hoguera.

—Terriblemente sugestiva —dijo él.

Avanzó hacia la joven y la abrazó estrechamente. Pero cuando los labios de la pareja se juntaban ya, Elvira puso una mano entre ambas bocas.

—No me estropees el maquillaje, querido —dijo, con voz llena de insinuaciones—. Aún es... un poco pronto.

Sergio sonrió.

—Sabré ser paciente —contestó—. ¿Vamos?

—Cuando quieras.

Salieron de la casa. Una acera transportadora les llevó hasta las afueras de la ciudad.

—El restaurante está un poco lejos, querida —contestó Sergio.

—Pero vale la pena —respondió ella.

Al acabarse la cinta transportadora, se encontraron en campo abierto, aunque todavía se divisaban numerosas casas en las inmediaciones.

—Está allí —dijo Elvira, señalando a una de las casas.

—En ese caso, no perdamos más tiempo. Estoy muerto de hambre.

Elvira rio suavemente.

—Pronto tendrás el estómago lleno —aseguró.

Sergio despertó muchas horas más tarde, con la boca seca. Abrió los ojos y se encontró en una habitación grande y espaciosa, con una gran ventana circular en uno de sus lados.

Miró a través del cristal.

—Todavía es de noche —bostezó.

Apartó las sábanas a un lado. Había una butaca a pocos pasos de la cama y vio en ella unas prendas de ropa. Las examinó con curiosidad: se trataba de una especie de mono de color azul muy claro, de tejido esponjoso y elástico, sin duda para que la prenda pudiera acomodarse a cualquier talla. También encontró unas botas, muy suaves y livianas.

Pasó al baño contiguo y bebió unos cuantos tragos de agua, directamente del grifo del lavabo. Luego se vistió, sintiendo en su estómago las primeras punzadas del hambre.

—Debí de pescarla buena anoche —murmuró, un tanto disgustado

consigo mismo, porque no se acordaba de nada y temía que su comportamiento con Elvira no hubiera sido todo lo correcto que habría deseado.

Abrió la puerta y se halló en un corredor no muy largo, en el que se veían cuatro puertas. Al fondo había otra y el instinto le hizo dirigirse hacia ella. Cuando llegó a su altura, alargó la mano e hizo girar el pomo. Entonces contempló la más asombrosa escena que nunca habría sido capaz de imaginar.

—¡Estoy en una astronave! —exclamó.

—Justamente, querido —sonó la dulce voz de Elvira.

* * *

La joven estaba ante la consola de mandos. Estupefacto, Sergio se dio cuenta que lo que había creído noche terrestre no era sino la visión de los espacios siderales, desde una astronave. Pero ¿cómo había ido a parar allí?

—Ven, siéntate —invitó ella—. ¿Sabes que has estado durmiendo casi cuarenta y ocho horas?

—Dos días —resopló Sergio.

—A decir verdad, diecinueve horas y pico. Pero dormías tan bien, que no te quise despertar.

—Elvira, tú no me hablaste de venir a la astronave directamente desde el restaurante...

Ella lanzó una suave carcajada.

—El profesor fue tan bondadoso, que nos trajo todos los planos y apuntes —contestó—. Pero, ¿no te sientas?

Sergio se acomodó en el sillón contiguo al que ocupaba la joven. Delante de él, un enorme ventanal le permitía una visión fantástica del espacio, constelado por millones de puntitos luminosos de todos los colores.

—Es decir, estamos ya en ruta hacia Phoetus —dijo.

—Exactamente.

—¿Ta..., tardaremos mucho en el viaje?

—Aceleramos para llegar al punto de transición al hiperespacio. Esto nos permitirá salvar, en pocas horas, varios cientos de años luz. Cuando ese "salto" haya concluido, nos hallaremos a menos de tres jornadas de viaje de Phoetus.

Sergio hizo un movimiento con la cabeza.

—Evidentemente, una forma rápida de viajar —comentó.

De pronto, Elvira se puso en pie.

—Tengo conectado el piloto automático —manifestó—. Cuando llegue el momento de la transición hiperespacial, sonarán los timbres. Entonces te diré lo que hemos de hacer. Mientras...

Elvira le miró sugestivamente. Sergio observó que el vestido de una sola pieza que ella tenía puesto carecía de espalda y que los pantalones eran cortísimos.

Era una sugestiva visión, radiante de belleza y juventud. Había una llamada en los rojos labios de la joven que no podía desconocer.

Poniéndose en pie, se acercó a ella y la abrazó.

—Ahora no estás maquillada —murmuró.

—Y aunque lo estuviera, ¿qué importancia tendría? —contestó Elvira con voz llena de insinuaciones.

* * *

Sergio contempló desde la altura el aspecto que ofrecía el planeta al cual se acercaban. Había zonas verdes, pero también divisó extensos territorios de color amarillento, que eran indudablemente áridos desiertos.

La nave se acercó al borde de una de aquellas zonas de vegetación. Al perder altura, Sergio observó una corriente de agua.

—Elvira, ¿esto es Phoetus? —preguntó.

—No. Lo siento, no quise alarmarte, pero no puedo ocultarte la verdad por más tiempo.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Los indicadores señalaban exceso de temperatura en uno de los generadores. Está recalentado y necesitamos que se enfríe, para revisarlo y encontrar la avería. No es importante, pero conviene que terminemos el viaje sin complicaciones.

—Soy ingeniero —le recordó Sergio—. Puedo ayudarte...

—De momento, no te preocupes; pasarán horas antes de que el generador se haya enfriado y podamos trabajar en él.

—Está bien, como quieras. Elvira, se me está ocurriendo una idea —dijo Sergio de pronto.

—¿De qué se trata?

—¿No nos habrán seguido Hipphar y sus secuaces?

Ella se echó a reír.

—No te preocupes; a estas horas, creen que aún estamos en tu planeta —contestó.

—Si tú lo dices...

La nave se posó en el suelo momentos después. Elvira manejó el mando de apertura de la escotilla. Una oleada de aire tibio y perfumado irrumpió en la nave.

Desde la misma cabina, Elvira contempló la corriente de agua que se deslizaba a unos sesenta o setenta metros de altura.

—Me gustaría darme un buen baño en el río —dijo de pronto.

—¿No habrá peces salvajes? —exclamó Sergio, sintiéndose aprensivo.

—De eso puedes estar seguro: Phoetus, si no fuese por la inminencia de su destrucción, es el planeta más encantador que podrías imaginarte.

—Salvo que hay serpientes de dos patas.

—Eso sucede en todos los mundos habitados —suspiró ella—. ¿Vienes al río?

—Como quieras.

Elvira fue a su camarote y se cambió de ropa. Cuando salió, vestía un mínimo traje de baño, que la hacía todavía más atractiva.

—Te espero en el río —dijo—. En tu camarote hay también un pantalón de baño para ti.

—De acuerdo.

Sergio fue a su camarote y empezó a cambiarse. De vez en cuando, se notaba acometido por vagos presentimientos.

¿Le engañaba Elvira?

Los resultados del detector de mentiras, sumamente perfeccionados con respecto a los utilizados doscientos años antes, en el siglo XX, no admitían duda. Elvira era sincera.

Pero no había máquina capaz de influir en el instinto de una persona y Sergio presentía que ella no actuaba en aquellos momentos con una total sinceridad. ¿Por qué había tenido que dormir durante casi dos días seguidos?

¿Por qué habían ido a la nave directamente desde el local al que habían ido a divertirse y del que no conservaba, absolutamente, el menor recuerdo?

Terminó de cambiarse y salió de la nave. Un brazo blanco se agitó fuera del agua.

—¡Te espero. Sergio! —gritó la joven alegremente.

CAPITULOVI

Disfrutaron del baño como dos niños. Sergio procuró dar de lado sus aprensiones y se concentró en la diversión. Al fin, Elvira, jadeante, salió fuera del agua, corrió unos pasos y se dejó caer sobre la hierba.

—¿Te gusto? —preguntó.

Había una extraña luz en sus bellos ojos. Sergio se sentó a su lado y se inclinó para besarla.

—Estoy loco por ti —murmuró.

Durante largos minutos, permanecieron ausentes a cuanto les rodeaba. Luego, Elvira se sentó en el suelo y le miró sonriente.

—Creo que no olvidaré nunca estos momentos tan maravillosos —dijo.

Sergio la atrajo hacia su pecho.

—Tampoco yo...

De repente, algo duro le golpeó en la nuca. Vio miles de estrellas, gimió y cayó de lado.

Elvira chilló agudamente. Sergio, sin haber perdido el conocimiento por completo, se sentía absolutamente impedido de hacer el menor movimiento.

Como en una pesadilla, vio una serie de cuerpos cubiertos con hediondas pieles, que se movían con agilidad de felinos. Divisó también largas y enmarañadas cabelleras y barbas hirsutas llenas de suciedad, pero lo que llamó especialmente su atención, en medio de la impotencia que le clavaba al suelo, fueron las armas de aquellos salvajes: mazas hechas de gruesas ramas y hachas de piedra, aparte de algunos largos cuchillos, toscamente tallados en minerales durísimos.

..

Los salvajes se lanzaron sobre la joven, que chillaba agudísimamente, presa de un espantoso ataque de terror. Ella intentó escapar, pero todo resultó inútil.

Media docena de hombres agarraron a Ida y la levantaron sobre sus cabezas. Luego, el grupo entero se alejó a la carrera, en medio de unos gruñidos que no tenían nada humanos. ¿O eran risas?

Sergio se preguntó de repente por qué había visto a Ida en lugar de Elvira.

En un segundo, la joven había sufrido una transformación total en sus facciones y en su cabellera. ¿Qué era lo que había ocurrido?

Todavía era incapaz de moverse, pero dueño por completo de su mente, empezó a sospechar la verdad.

No hubo cena en el restaurante, no había habido borrachera... La mujer que había viajado con él a través del espacio no era Elvira. Los besos que había dado y los brazos que tan ardientemente se habían enroscado en su cuello eran los de Ida.

Durante largo rato, permaneció en el mismo sitio. De pronto, notó que podía moverse.

Sin duda, pensó, el golpe recibido, le había producido una parálisis temporal. Tal vez se debía también, en buena parte, al choque causado por el proyectil que había llegado a un cráneo, cuyo cerebro estaba sumido en una fortísima hipnosis.

En todo caso, la parálisis daba señales de desaparecer. Y pensó que debía bendecir el golpe, porque le había vuelto a la realidad.

Penosamente, se arrastró hacia el río. La frescura del agua aceleró considerablemente su mejoría. Llevó la mano a la nuca y encontró una pequeña grieta, que ya había dejado de sangrar. La hinchazón se reduciría en un par de días.

Cuando se sintió bien por completo, regresó a la nave. Debía cambiarse de ropas y buscar armas y equipo.

Ida le había engañado, era cierto, pero no podía consentir que padeciera en manos de aquellos salvajes, tan parecidos a los hombres del Neolítico terrestre.

En un armario, encontró una especie de pistola de

grandes dimensiones. Salió fuera de la nave y probó el arma.

Se espantó. Delante de él, un árbol gigantesco ardió instantáneamente. Por precaución, no quiso hacer más disparos, a fin de no consumir prematuramente la carga del arma.

También se procuró un buen cuchillo. En el peor de los casos, lo

ataría a una rama recta y larga, con lo que dispondría de un venablo.

Llenó una bolsa con comida y buscó también un recipiente en el que transportar un par de litros de agua. Ya no perdió más tiempo.

Ni siquiera sabía manejar la nave. Si no conseguía rescatar a Ida, dejando de lado el aspecto humanitario de la cuestión, tendría que quedarse a vivir para siempre en aquel planeta, que, estaba seguro, que no era Phoetus.

* * *

Sergio nunca había seguido un rastro ni se había visto en una situación semejante. Había una cosa que le inspiraba gran confianza: los salvajes no le habían tocado, porque le creyeron muerto.

Se preguntó, mientras trotaba incansablemente, si aquellos seres considerarían a Ida como una especie de diosa. O tal vez pensaban someterla a un bárbaro sacrificio, que muy bien podía acabar en una cena de antropófagos. Como fuera, haría todos los posibles por rescatarla.

Aparte de ello, estaba el lógico interés que sentía por saber qué había conseguido Ida de él durante su estado de hipnotismo.

Las pisadas de los salvajes estaban claramente marcadas en la hierba. No sólo eran hombres muy pesados, de ochenta o noventa kilos como promedio, estimó, sino que, además, caminaban muy apelotonados. Quince o veinte hombres de gran peso, corriendo juntos, dejaban a la fuerza un rastro que podía ser seguido por el más lerdo.

La única desventaja de Sergio era su menor rapidez. Aunque siempre había hecho algo de ejercicio, no estaba acostumbrado a caminar tanto. Un par de horas después, juzgó conveniente tomarse un pequeño descanso.

Recobró el aliento e ingirió unas pastillas de sabor dulce, que calculó compuestas en buena parte por glucosa. Media hora más tarde, reanudó la marcha.

La llegada se había producido a primera hora de la mañana. Hacia

las cuatro de la tarde, Sergio, en una de sus paradas, creyó oír a lo lejos rumor de bárbaros tambores.

En el mismo momento, una nave se posaba a corta distancia de la que ya había aterrizado. Tres hombres se apearon en el acto y corrieron hacia la otra.

Bissati fue el primero en entrar. Rápidamente, se dirigió a una de las cámaras, en la que encontró unos cuantos rollos de papel y un par de cuadernos.

Una sonora carcajada brotó de sus labios.

—Ida ha trabajado bien —exclamó.

—Pero no se les ve a ellos —dijo Martone.

Bissati sonrió malignamente.

—Squur es un planeta poblado por salvajes —contestó—. A estas horas, Ida y el terrestre están siendo... untados de manteca para que sus cuerpos se asen mejor.

Pivane se estremeció.

—Conde, lo mejor será largarnos de aquí cuanto antes —solicitó.

—Sin dudar —contestó Bissati.

Salieron de la nave. Bissati dio ciertas instrucciones a Martone, que se quedó unos momentos rezagados.

—¿Por qué hacer eso, conde? —preguntó Pivone.

—Por distintos motivos: primero, han podido escapar de los salvajes y andan huidos, aunque, de momento, no se atreven a volver a la nave. Si los salvajes no los han capturado, o incluso si esa posibilidad se ha producido, pueden escaparse. Por tanto, de una forma u otra, querrán volver a la nave. ¿Lo entiende ahora, querido Pivone?

—Sí, conde, pero Ida nos ayudó...

Bissati se encogió de hombros.

—En toda guerra se producen bajas inevitables —contestó cínicamente.

Pivone le miró de reojo. Aquel hombre que tantos y tantos beneficios les había prometido, ¿no consideraría oportuno algún día deshacerse también de ellos?

Martone salió de la nave.

—Listo, conde —dijo.

—Vámonos —ordenó Bissati.

Los tres hombres corrieron hacia la otra nave, que se elevó a los pocos momentos. Cuando alcanzó la cota de los dos mil metros, Bissati dispuso un pequeño alto, suspendidos en la atmósfera por los generadores de anti gravedad.

Momentos después, se vio un enorme fogonazo, seguido de una gran columna de humo. Cuando éste se hubo disipado, sólo quedaban unos restos informes de la astronave.

—Ojalá se los coman pronto —suspiró Bissati hipócritamente.

—Así padecerán menos, ¿no es verdad? —rio Martone.

Pivone no se unió a los otros dos en sus carcajadas. Lo que había hecho Bissati le desagradaba profundamente.

Pero por el momento, era mejor ser prudente. Ya había podido ver cómo las gastaba el conde. Si protestaba, moriría.

Ya llegaría su hora, se prometió, porque, en medio de todo, Ida había sido una buena chica. Y pensar que iba a ser devorada por aquellos salvajes se le hizo insoportable.

—¡A Phoetus! —gritó Bissati.

La nave se elevó raudamente. En pocos minutos, alcanzó el espacio exterior. Luego se lanzó a toda velocidad en busca de la espacio línea que tenía su final en Phoetus.

* * *

Asomado al borde de la enorme hoya, Sergio contempló un espectáculo increíble. Le pareció ser el espectador de alguna película

fantástica, pero sabía muy bien que lo que sucedía ante sus ojos era absoluta realidad.

Era una especie de cráter de unos doscientos cincuenta metros de profundidad, de paredes rocosas, en el que, al cabo de los tiempos, sus habitantes habían construido numerosas terrazas escalonadas, unidas por escaleras talladas en la propia roca. En cada una de las terrazas había numerosos huecos, que Sergio supuso entrada a las cuevas donde habitaban los trogloditas.

El cráter tenía una anchura media de unos mil quinientos metros y no estaba enteramente cerrado, ya que había sendos desfiladeros por donde entraba y salía una tumultuosa corriente de agua. Varios puentes rústicos, de troncos toscamente unidos con fibras vegetales, permitían el paso de un lado a otro del arroyo.

Hacia el centro se veía una especie de estrado de piedra, que se alzaba a unos cuatro metros sobre el suelo. Tenía forma aproximadamente cuadrada y cada uno de sus lados medía siete u ocho metros de longitud. Todavía había más: una gran losa de forma alargada, sostenida sobre otras dos verticales. La primera medía casi tres metros, en tanto que las otras no rebasaban los ciento cincuenta centímetros.

Había numerosas manchas oscuras en la losa. Sergio se estremeció al contemplar aquel bárbaro altar, donde se habían consumado infinidad de sacrificios humanos.

De Ida no había el menor rastro. Sergio calculó que debía de hallarse encerrada en alguna cueva. Tal vez no había llegado la hora de su muerte, pensó.

Los tambores, sin embargo, habían dejado de sonar. El aspecto de la aldea troglodita, por el momento, era de paz y tranquilidad. Sergio escrutaba constantemente los menores rincones, tratando de adivinar cuál era el lugar donde Ida estaba encerrada.

Sabíase en desventaja. Era un hombre civilizado. Sus sentidos no estaban tan desarrollados como los de aquellos salvajes. Aunque aguardase a que todos estuvieran dormidos, no le cabía la menor duda de que los trogloditas debían tener un oído y un olfato finísimos, puramente animales, con lo que su incursión en el cráter corría gravísimos riesgos.

Pero también confiaba en la sorpresa y en aquella pistola térmica. Debía hacer todos los posibles por rescatar a Ida.

De repente, varios trogloditas corrieron hacia los tambores, hechos con enormes troncos ahuecados y empezaron a golpearlos con sendos palos de grandes dimensiones. La gente empezó a salir de sus cuevas.

Una extraña procesión apareció entonces por uno de los extremos del cráter. Cuarenta hombres, que sostenían unas enormes andas, se hicieron visibles. Sobre las andas, en un asiento cubierto por frondosas pieles, había una mujer.

Era joven, hermosa, pero también muy robusta. Su pecho y sus caderas estaban apenas cubiertos por unas tiras de piel mateada. En torno a sus brazos había unas bárbaras ajorcas de un metal que parecía oro.

—¿Será la reina de los trogloditas? —se preguntó Sergio.

De pronto, la mujer alzó una mano.

Un enorme griterío se produjo casi en el acto. Decenas de trogloditas corrieron con grandes haces de leña, que situaron alrededor del estrado donde se hallaba el altar, dejando libre solamente el hueco correspondiente a la escalera de peldaños de piedra. A los pocos momentos, empezaron a arder las hogueras.

La mano de la mujer señalaba hacia el cielo que enrojecía rápidamente. Luego la situó en posición vertical.

En el lado opuesto al lugar donde se había ocultado la estrella que alumbraba aquel planeta, se veían dos astros de color rojizo, justo sobre uno de los bordes del cráter.

Sergio comprendió en el acto el significado del gesto. Cuando las lunas estuvieron sobre el cenit, se realizaría el sacrificio.

La víctima no podía ser más que una: Ida Raschenburg.

Se oyó un feroz alarido, que brotaba unánime de cientos de gargantas. Luego, Sergio empezó a ver grandes cuencos llenos de un extraño líquido, que corrían de mano en mano.

Los hombres bebían, mientras las mujeres les contemplaban entre envidiosas y atemorizadas. Momentos después, los tambores aceleraron su ritmo. Los trogloditas iniciaron una danza salvaje, contemplados con satisfacción por su reina.

CAPITULO VII

Sergio abandonó su postura. Ya era de noche y faltaba apenas una hora para que las lunas alcanzasen el punto máximo de su trayectoria.

Hacía mucho rato que los porteadores habían llevado a su reina a una cueva, cuya situación tenía Sergio bien grabada en la mente. Puesto que no conocía el lugar en que se hallaba Ida, había concebido una solución, tal vez desesperada, pero que estimó como la mejor que podía tener para salir de aquella situación crítica.

Descendió unas cuantas terrazas y caminó dando un rodeo. Casi todos los trogloditas se hallaban en el fondo del cráter, borrachos en su mayor parte. Al cabo de un cuarto de hora, Sergio, sin ser visto, alcanzó la entrada a la cueva en que residía aquella mujer.

Asomó la cabeza. Al fondo ardía una lámpara. Consistía, simplemente, en un cuenco de piedra, con algún aceite o grasa animal y una mecha. La mujer, insensible al ruido, parecía dormitar sobre un enorme montón de pieles.

Sergio penetró en la cueva. De pronto, tropezó con un cacharro y lo derribó. Ella se incorporó al oír el ruido.

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? —preguntó.

Sorprendido, Sergio se dio cuenta de que podía entender las palabras de la joven. De un salto, se situó a su lado y la amenazó con la pistola.

—No te muevas —dijo.

Ella le miró curiosamente. De pronto, sonrió:

—El hombre esperado —murmuró—. El hombre que debe compartir conmigo mi lecho y mi poder...

—Eh, eh, aguarda un poco. Yo no he venido aquí para divertirme ni para convertirme en reyezuelo de un pueblo bárbaro. Tenéis una prisionera y quiero llevármela.

Ella le miró con curiosidad.

—¿Es tu esposa? —preguntó.

Sergio vaciló ligeramente.

—Sí —mintió de mala gana.

La mujer rio confuerza.

—No te creo —dijo—. Además, no puedes llevártela.

—¿Por qué? —preguntó Sergio.

—Todavía no conozco tu nombre...

—Sergio. ¿Cómo te llamas tú?

—Ri'sis. Y todo el mundo me obedece aquí, ¿comprendes?

Sergio blandió la pistola.

—Menos yo —sonrió.

Ri'sis se puso en pie, desperezándose como una gran gata. Sergio se percató entonces de que era casi tan alta como él y, aunque muy femenina, también muy robusta.

De pronto, la joven se arrojó sobre él. Sergio intentó resistirse, pero ella le dominó con extraña facilidad.

Sergio estuvo en el suelo en pocos segundos, medio aturdido por el golpazo que había seguido al volteo ejecutado contra su voluntad. La pistola se había escapado de su mano.

Ri'sis se echó a reír.

—Pobrecito, te he hecho daño —dijo.

De pronto, se arrodilló a su lado, sosteniendo un cuenco con ambas manos.

—Bebé, esto te hará sentirte mejor —indicó.

Sergio se incorporó ligeramente y tomó unos sorbos de lo que le pareció un licor muy fuerte, pero también de exquisito sabor. Mientras bebía, Ri'sis le contemplaba con una extraña sonrisa en sus carnosos labios.

Al cabo de unos momentos, le pareció que corríafuego por sus venas. Logró incorporarse sobre un codo y miró a la hermosa mujer que estaba a su lado.

Un susurro escapó de la boca de Ri'sis.

—Ven, ven...

Sergio extendió los brazos. Ella se dejó capturar por el hombre.

A Sergio le pareció que el tiempo se detenía. De repente, oyó un agudísimo alarido.

Algo estalló dentro de su mente. En un instante recordó los motivos que le habían llevado al pueblo de los trogloditas.

Corrió hacia la puerta de la cueva. Los tambores batían furiosamente. El espectáculo que vio, alumbrado por las dos lunas y las hogueras, le dejó lleno de *terror*.

Arrastrada por algunos de sus captores, Ida completamente desnuda, era conducida hacia el altar de los sacrificios. La joven chillaba desesperadamente, pero todos sus esfuerzos eran inútiles.

Trató de hacer algo en su favor. Las piernas se negaron a responderle.

Detrás de él sonó una voz:

—¿Creías que iba a consentir una rival? —dijo Ri'sis.

Ida fue conducida al altar y colocada sobre la losa horizontal. Casi en el acto, llameó un cuchillo de piedra.

La sangre brotó del cuello de la joven. Un segundo después, el mismo cuchillo rasgó su cuerpo, desde el mentón al bajo vientre.

Sergio creyó desmayarse. Una mano situó delante de él un cuenco lleno de licor.

—Bebe, bebe.

Sergio obedeció la orden. Instintivamente, comprendió que el licor le ayudaría a olvidar las espantosas escenas que acababa de contemplar.

Ri'sis agarró una de sus manos y tiró de él. Sergio obedeció mansamente, dejándose llevar hasta el lecho de pieles.

—Y no podré irme nunca de aquí.

—¿Para qué? —rio Ri'sis, mientras agitaba sus brazos suavemente en el estanque en que ambos se bañaban, días más tarde—. Aquí lo tienes todo, amor y poder. Esos salvajes nos respetan y obedecen ciegamente. ¿Puedes pedir algo más?

Sergio estaba sentado dentro del agua, que le llegaba al pecho. Ella se movía fácilmente, con la suavidad de un pez.

—Tú no eres de aquí, Ri'sis —dijo.

—Es cierto. Y ni siquiera conozco mi origen. Acaso me abandonaron cuando era una niña. Pero mis diferentes caracteres raciales chocaron a estos salvajes, lo que sirvió para convertirme en su diosa y su reina. No sé de dónde vengo ni dónde nací, ni quiénes eran mis padres, pero, ¿tiene eso ahora alguna importancia?

—Hablas mi idioma...

—Hace años, llegó un viajero del espacio. Conseguí que respetasen su vida y él me enseñó muchas cosas. Era ya bastante viejo. Creo que buscaba algo que dijo era una piedra maravillosa, que daba un fuego que nunca se apagaba. No recuerdo el nombre de esa piedra ni siquiera vi nunca un trozo, pero sí creo que el viejo consiguió encontrar un gran yacimiento.

—¿Qué pasó después?

—Dijo que se volvía a su país. Pero no lo consiguió. Debía estar enfermo, aunque ni él mismo lo sabía. Un día apareció muerto.

Sergio frunció el ceño.

—Un viajero del espacio siempre lleva papeles consigo —dijo.

—Yo los guardo —contestó Ri'sis—. Te los dejaré para que los leas. Creo que el yacimiento está a una semana de viaje, a pie, hacia el sur, pero nunca me preocupé de esas piedras que dan fuego eternamente.

Una hipótesis se formó de pronto en la mente del joven. Sin embargo, no quiso decir nada, por el momento.

Salió del agua. Los cálidos rayos del sol de Squur —ahora ya conocía el nombre del planeta—, secaron su cuerpo en pocos minutos.

Ri'sis salió minutos más tarde, deslumbrante de belleza. Sergio la comparó con Elvira. Le hubiera resultado muy difícil designar una vencedora en un concurso.

Pero había algo que no podría olvidar jamás: Ri'sis había permitido fríamente el sacrificio de Ida.

En aquel momento, Ri'sis se le antojó una hembra devoradora. ¿No acabaría él también devorado por aquella mujer tan cruel como hermosa?

De pronto, cuando menos lo esperaba, oyó una voz conocida:

—Vaya, te encuentro en buena compañía, Sergio Branell.

* * *

Una terrible sacudida recorrió el cuerpo de Sergio. Durante unos segundos, se negó a dar crédito a los sonidos que sus tímpanos habían enviado al cerebro.

Luego empezó a volverse. Delante de él, surgió la figura de Elvira, ataviada sucintamente, pero con lo que le pareció equipo de combate. Al menos, si se juzgaba por la pistola que ella empuñaba con mano firme.

En la mano izquierda tenía la rastreadora. A Sergio ya no le cupo la menor duda de la forma en que Elvira había sabido localizarle.

—No está mal —dijo Elvira burlonamente—. Guapa, pero gorda.

Ri'sis lanzó un chillido de rabia.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó.

—Eso no te importa ahora —dijo Elvira—. He venido a llevarme a Sergio.

—¡Me pertenece! ¡Es mío!

Elvira se volvió hacia Sergio.

—¿Es cierto? —preguntó.

—Bueno, ella lo dice...

—¿Y tú?

—Estaba a la fuerza. Ida murió.

Elvira asintió. De súbito, Ri'sis, lanzando un aullido de rabia, se arrojó contra la joven.

Sergio vio un enorme cuchillo de obsidiana en la mano derecha de Ri'sis. Pero Elvira no le dejó consumir su gesto.

La pistola escupió una breve llamarada. El cuerpo de Ri'sis humeó hediondamente. Luego, una forma ennegrecida, en la que no se podía reconocer un cuerpo humano, rodó por tierra.

—¡La has matado! —gritó Sergio.

Elvira se volvió hacia él.

—He tenido que defenderme —se disculpó.

Los puños del joven se crisparon.

—Parece ser que Ri'sis no era de tu raza —observó.

—¿Qué quieres decir? —gritó ella.

—A los de tu raza, simplemente, los dejas paralizados. Un par de horas de inmovilidad y luego quedan como si nada. Pero Ri'sis no, Ri'sis pertenecía a un pueblo salvaje, era un ser inferior, tan digno de vivir como el más asqueroso reptil. En consecuencia, nada de rayos paralizantes para una salvaje; a quemarla bien quemada y que se fastidie por haber nacido troglodita.

Elvira retrocedió un paso, terriblemente pálida.

—¿Todavía me reprochas que haya venido a salvarte la vida? —preguntó.

—No corría ningún peligro, absolutamente —respondió Sergio—. Es cierto que Ida Raschenburg murió, bárbaramente sacrificada, pero no se puede pedir civilización a unos seres cuyo nivel de cultura es el

mismo que había en nuestro planeta hace veinticinco o treinta mil años. Y eso es algo que tú también debieras tener en cuenta, porque, ¿acaso la primera pareja humana en Phoetus lo sabía ya todo?

—Por favor, Sergio, te ruego consideres...

—Está considerado ya —cortó él secamente.

—¿Te habías enamorado de ella?

—Al menos, la apreciaba. Podría ser la reina de una tribu sanguinaria, pero, a su modo, era sincera y honesta. No hacía nada que no se le hubiera enseñado desde niña.

—Lo siento, Sergio, he venido a buscarte...

El joven meneó la cabeza negativamente.

—No. Me quedo —contestó.

—¿Qué? ¿Te has vuelto loco?

—Ya he tomado mi decisión. Te apreciaba muchísimo, casi estaba enamorado de ti, pero lo que has hecho, ha destruido toda posibilidad de entendimiento entre nosotros. Si viniste a buscarme, vuélvete por el mismo camino.

Elvira inspiró profundamente.

—No te rogaré más —dijo—. Pero tú también me defraudas, Sergio. Podrías ayudar a que cientos de millones de personas pudieran salvarse y prefieres quedarte aquí, a compartir la vida de esos salvajes, sólo porque yo haya cometido un error.

—Esas vidas que dices, pueden salvarse perfectamente si regresas a Phoetus y declaras lo que sabes. Ida me engañó y, estoy seguro, registró todo cuanto yo sabía acerca de la T. I., para que el conde recogiera después las grabaciones sonoras y de imágenes. Tengo noticias de que la nave que yo creía era la tuya, está completamente destrozada.

—Así es —confirmó Elvira. . .

—En tal caso, no tenemos ya más que decirnos. Busca al conde y destruye todos sus trabajos. Es todo lo que te resta por hacer.

Había lágrimas en los bellos ojos de Elvira, pero él no las vio ya.

Había dado media vuelta y regresaba con paso firme al pueblo de los trogloditas.

CAPITULO VIII

En aquel mundo, la vida debía proseguir, se dijo Sergio, después de los solemnes funerales con que fue honrada Ri'sis, después de muerta. Había permanecido pocas semanas en Squur, pero había sido suficiente para que conociera a algunos de los miembros más relevantes de la tribu.

Eran, precisamente, los que conocían el idioma de Ri'sis. Sergio hizo llamar a uno de ellos.

Kjur se presentó a poco. Era un hombre descomunal, de dos metros de estatura y ciento diez kilos de peso. Pero poseía una inteligencia poco común y la voluminosidad de su cuerpo escondía la agilidad de un felino.

—Estoy a tus órdenes, Sergio—dijo Kjur.

—Gracias, pero no querría mandarte nada que tú no aceptases libremente. Si lo que digo no te gusta, exprésalo sin reparos. Así nos entenderemos mejor, ¿comprendes?

La sonrisa de Kjur se abrió paso a través de una enmarañada barba.

—Me gusta tu franqueza, pero, por lo mismo, he de decirte yo algo importante —contestó.

—¿De qué se trata, Kjur?

—Ri'sis, nuestra reina, ha muerto. Tú eras su esposo...

—Su esposo —respingó Sergio.

—Así es, puesto que ella te tomó por tal. Eso supone que eres ahora nuestro rey, pero necesitas compañera.

—¡Kjur!

—Lo siento, es nuestra ley y ni tú mismo puedes desobedecerla. Sin embargo, puedes elegir entre las mujeres de nuestro pueblo. La que tú designes, será tu esposa.

—¿Sí... sin más?

Kjur asintió.

—Bastará con que tú lo digas. Sergio —respondió.

El joven suspiró.

—Pero, al menos, esa ley me concederá el derecho de estudiar antes a..., a mi futura esposa.

—No hay objeción, Sergio. Nadie te urge a tomar esposa..., pero tampoco nos gustaría que lo demorases demasiado.

—De acuerdo. Pronto habrá una reina en tu pueblo. Y ahora, dime una cosa, ¿recuerdas tú el lugar al que fue el hombre llamado Sanderson? ¿Has ido allí en alguna ocasión?

—Sólo una vez, pero conozco el camino. ¿Por qué lo dices?

—Me gustaría ir al país de las piedras de fuego, Kjur.

El troglodita reflexionó unos momentos.

—No podrás ir solo, ni siquiera acompañado de un solo hombre. Tendremos que acompañarte una docena, al menos —dijo al cabo.

—Muy bien, si tú lo dices... ¿Es que el camino le resulta muy arriesgado?

—Tenemos que cruzar el bosque donde habitan los pulpos terrestres.

Sergio se quedó con la boca abierta. Kjur añadió:

—Al menos, así los llamaba Sanderson. Y son muy peligrosos.

—De acuerdo, Kjur. Sin embargo, antes de emprender el viaje, fabricaremos armas que nos permitan combatir sin dificultad a los pulpos terrestres.

—Lo que significa que el viaje no se iniciará mañana.

—Claro que no. tenemos todo el tiempo que sea necesario —contestó Sergio sonriendo.

Kjur se marchó, dispuesto a elegir los doce hombres que les acompañarían en el viaje al lugar que los trogloditas denominaban país de las piedras de fuego. Sergio volvió a la cueva y se sentó en un tosco taburete, con un cuaderno de tapas de hule en las manos.

Ri'sis había conservado parte del equipo del maestro que la había enseñado su idioma y muchas otras cosas. Aunque allí no se decía claramente, Sergio tenía la seguridad de que Jack Sanderson, náufrago del espacio, había encontrado un fabuloso yacimiento de "energium".

Dos días más tarde, cuando volvía del estanque donde solía bañarse, se tropezó con una muchacha de larga cabellera rubia y ojos azules. Aunque había en su cara rasgos fisonómicos propios de la tribu a que pertenecía, tales rasgos estaban notablemente suavizados por una mezcla de razas, cuyo origen no alcanzaba Sergio a comprender.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Mythis —contestó ella—. Soy hija del hombre sabio y de Steia. Mis padres ya han muerto hace años.

Sergio entornó los ojos. Ri'sis no había mencionado en absoluto el detalle. Tal vez había querido suprimir el peligro de una posible competidora.

—¿Cómo murió tu padre? —preguntó.

—Cayó por un desfiladero, no sé más. Yo era una niña entonces...

No se podía probar, pero tal vez Ri'sis se había deshecho de un hombre que ya empezaba a resultar incómodo para ella. Como fuera, todo había pasado para entonces.

Era preciso ajustarse al presente. Y los trogloditas necesitaban una reina, papel que Mythis podía desempeñar a la perfección.

—Me alegro haberte conocido, Mythis —sonrió al cabo.

Ella movió gentilmente la cabeza.

—Vienes del mismo país que mi padre —dijo— ¿Puedo ayudarte en algo?

—Te lo diré en el momento oportuno —respondió el terrestre.

Reanudó la marcha. Entre los objetos que Jack Sanderson había dejado, como parte de su equipo, había un libro muy interesante: *Manual de funcionamiento, entretenimiento y reparación de averías de la astronave tipo Syk-0-19 L*.

Por lo que Sergio sabía, las astronaves de dicho tipo resultaban ya un tanto anticuadas. Pero si había aviones que usaban propulsores

anti gravitatorios para desplazarse en la atmósfera terrestre, también se utilizaban reactores e incluso aviones con hélice, sobre todo, por gentes con espíritu deportivo. Y las réplicas de aquellos aparatos que habían sido contruidos doscientos años antes, funcionaban tan bien como los originales.

* * *

Cuatro semanas más tarde, Sergio llamó a Kjur.

—Las armas están listas —dijo.

—Nosotros también. Podemos partir cuando lo ordenes.

—Mañana, Kjur. Ah, he hablado con Mythis. Ella vendrá también.

Kjur sonrió.

—Has elegido esposa —dijo.

—Digamos mejor que he elegido una reina para tu pueblo —rectificó el joven—. ¿Te parece bien?

—Es la que yo hubiera propuesto —respondió el troglodita.

—En tal caso, me felicito de haber acertado en la elección. Ah, será necesario preparar víveres, aunque podremos cazar por el camino, supongo.

—Una reserva de víveres resultaría conveniente, en efecto.

—Muy bien, en tal caso, no se hable más. Vamos a preparar todo.

Al día siguiente, apenas amaneció, emprendieron la marcha.

Sergio había hecho construir unos arcos de enorme potencia, en cuyo manejo había instruido a los componentes de la expedición. Hasta entonces, los trogloditas sólo habían usado mazas y hachas de piedra.

Sabía que les enseñaba nuevas armas, que les hacía avanzar considerables grados en su estado de civilización, pero no era posible evitarlo. Sobre todo, si tenía en cuenta que estaba tratando de

desterrar ciertas costumbres perniciosas, mucho peores que el simple uso de arcos y flechas.

Además, llevaban largas lanzas, de más de tres metros, con punta de obsidiana. Todos eran hombres tremendamente robustos y capaces de trotar un día entero sin detenerse un solo momento para descansar. Pero aquello no era todo.

Cuatro de los componentes de la expedición portaban una gran losa en la que se había practicado un hueco de casi treinta centímetros de profundidad, por algo más de un metro de diámetro. El hueco estaba repleto de carbones encendidos, cuyo fuego se mantenía constantemente encendido.

Las flechas eran largas, casi de dos metros, y su grosor era notable: cinco centímetros. Excepto la punta, de obsidiana, el ástil era de madera muy seca. Sergio había pensado que era el arma más conveniente para la lucha contra los pulpos terrestres.

Porque no podían eludir el bosque en que habitaban aquellas fieras, ya que su anchura era de varios cientos de kilómetros. Y el país de las piedras de fuego se encontraba precisamente al otro lado.

Mythis formaba también parte de la expedición. Como los demás, iba armada con el arco y una docena de flechas. Al cinto llevaba un cuchillo de piedra. Cuando Sergio se unió al grupo, le dirigió una cálida sonrisa.

Sergio apretó su brazo.

—En marcha —dijo.

* * *

Desde lo alto de la colina, a menos de cien pasos de distancia, divisaron el bosque, enorme, sombrío, de dimensiones incalculables, ya que se perdía de vista a ambos lados del horizonte. Los árboles eran gigantescos, con una altura mínima de cincuenta o sesenta metros, aunque había muchos de cien y más metros desde el suelo al remate de la copa.

Sergio ordenó hacer acopio de ramas secas, que se partieron en

menudos fragmentos. El fuego se avivó y, sin más tardanza, iniciaron el descenso de la loma.

Cuatro hombres marchaban en vanguardia, con sus lanzas de cuatro metros aprestadas bajo el brazo. Sergio, Mythis y Kjur iban en el centro. Seguían los portadores del brasero y cuatro arqueros, con una flecha lista, aunque no en el arco.

Una sombra densa, agobiante, cayó sobre ellos apenas cruzaron la linde del bosque. Habían avanzado cien pasos, cuando Kjur lanzó un agudo grito.

—¡Ahí está!

La comitiva se detuvo en el acto. Los cuatro lanceros formaron una apretada línea en vanguardia. Mientras, los arqueros metían sus flechas en el ardiente montón de brasas.

El pulpo terrestre estaba colgado de una rama gigantesca por dos de sus tentáculos, mientras que los restantes se movían amenazadoramente. Era una bes-itia enorme, ciertamente parecida a los cefalópodos de la Tierra, pero con algunas diferencias morfológicas. La piel era de color marrón claro, con numerosas escamas, y tenía una boca lateral, que parecía surgir de un colosal tentáculo, cuyo grosor, de un metro, por lo menos, superaba en mucho al de los restantes.

El cuerpo era un tanto alargado. Sergio pensó que debía tratarse de una mutación de algún ciempiés, cuya raza había derivado a un tamaño colosal. Si el cuerpo medía cuatro o cinco metros de largo, por dos de grueso, los tentáculos no bajaban de diez metros cada uno.

El animal emitía un extraño silbido, alternado con siniestros castañeteos de dientes. Sergio contempló [aquella boca, con una cuádruple hilera de dientes de sierra, y se estremeció al pensar en los destrozos que podía causar en un cuerpo humano.

—Las flechas —ordenó.

Momentos más tarde, cuatro flechas, con la mitad anterior del astil envuelta en llamas, partían hacia sublanco. Un horrible bramido brotó de la boca de la bestia cuando los cuatro proyectiles se hundieron casi por completo en su cuerpo.

Cuatro flechas más remataron al animal, que cayó al suelo. Se oyó un grito unánime de victoria.

Para evitar ser alcanzado por algún tentáculo, que se movía serpenteante en los últimos espasmos, dieron un rodeo. Luego continuaron la marcha.

En el camino se encontraron con cuatro pulpos más. Kjur y el resto de los trogloditas se sentían encantados.

—Es la primera vez que atravesamos este bosque, sin sufrir bajas — dijo cuando, dos días más tarde, alcanzaron el borde opuesto.

Entonces divisaron el país de las piedras de fuego.

CAPITULOIX

Aparentemente, era sólo un desierto pedregoso, sin nada de particular. Sergio se detuvo y se descolgó la mochila, de la que sacó una caja de forma oblonga, que depositó en el suelo inmediatamente.

La caja medía treinta centímetros de largo, por veinte de ancho y doce de grueso. Sergio desplegó una antena, cuya rejilla extendió orientándole hacia la estrella que era el sol de Squur.

Los trogloditas le contemplaban con respetuosa expectación. Por fortuna, se dijo Sergio, el detector funcionaba con baterías solares, descargadas después de tantos años de inactividad. Durante las semanas precedentes, había revisado el detector a fondo, dejándolo en perfecto estado.

El aparato había pertenecido al equipo de Sanderson. Según calculaba el terrestre, Sanderson había sido un buen astronauta, pero, relativamente, con escasos conocimientos de ingeniería. También había muchos pilotos que sabían volar, pero que eran incapaces de reparar una avería en el motor del aparato.

Una hora más tarde, Sergio efectuó las comprobaciones de rigor. El detector funcionaba a la perfección.

—Sigamos —ordenó.

Avanzaron cosa de dos kilómetros. Kjur estaba sor prendido.

—No veo piedras de fuego por ninguna parte —dijo.

—Tú te refieres a piedras que arden, ¿no es así?

—Desde luego...

—Esas piedras dan fuego, que no es lo mismo. Se trata de un fuego especial, que no se puede ver con los ojos. Pero...

Mythis lanzó un grito repentino: —¡Mirad!

Sergio volvió la cabeza. Hallábanse al pie de un elevado farallón, en el que se veía una cueva de grandes dimensiones. Bajo la cueva se percibían los destellos del metal de una astronave.

El joven procuró contener la emoción que sentía. Las páginas escritas del diario de Sanderson hablaban bien claro: se había posado

en Squir por agotamiento del combustible.

—Debemos continuar —dijo.

No hubo objeciones. Unos mil metros más adelante, el detector entró en actividad.

Sergio contempló la pantalla donde se reflejaban gráficamente los impulsos recibidos en los mecanismos de detección. En el centro de la pantalla aparecía un punto verdoso, que se ensanchaba luego en círculos concéntricos, los cuales iban agrandándose hasta desaparecer por los bordes.

La formación de círculos eran muy lenta, apenas dos por segundo. Pero quinientos metros más adelante, los círculos adquirieron un ritmo diez veces superior.

De pronto, al enfocar el aparato hacia una piedra de color grisáceo oscuro, Sergio vio que, prácticamente, toda la pantalla era de color verdoso. La aparición y desaparición de círculos era tan rápida, que se confundían en una sola de fosforescente verdor.

Un hondo suspiro se escapó del pecho de Sergio. Allí estaba el "energium", el misterioso mineral que, para entendimiento de los trogloditas, Sanderson había llamado piedra de fuego. Sí, daba fuego a los generadores de toda clase, un fuego barato, fácil de obtener con sólo alargar la mano y capaz de proporcionar enormes cantidades de energía con un mínimo de peso.

Dejó el detector a un lado y trató de levantar la piedra con ambas manos. El volumen era apenas superior a los cuatro decímetros cúbicos, pero se necesitó el esfuerzo de dos nombres para poder suspender el pedrusco en el aire.

Ahora comprendía Sergio el fabuloso poder energético del mineral, basado, entre otras cualidades, en su extraordinaria densidad. Aquellos cuatro decímetros cúbicos habrían pesado cuatro kilos, de haberse tratado de agua. Incluso si hubieran sido de mercurio, el peso no habría rebasado los cincuenta y dos kilos. Pero aun contando con la fuerza extraordinaria de los trogloditas, era preciso calcular el peso de la piedra en casi doscientos kilos.

—Una densidad cincuenta veces superior a la del agua— estimó.

Levantó la mano.

—Dejad la piedra —ordenó—. Hemos de buscar ramas, para construir unas andas. Tenemos que llevar a la nave gran cantidad de piedras de fuego.

El instinto hizo que Mythis adivinase las intenciones del joven.

—Te marchas —dijo.

Sergio asintió.

—Es mi destino —respondió.

Dos semanas más tarde, Sergio estimó que la nave estaba ya lista para zarpar. El manual hallado entre los efectos de Sanderson y que el astronauta perdido había consultado infinidad de veces, sin llegar a nada positivo, le había resultado muy útil para encontrar la avería, lo que, con la falta de combustible, había motivado la permanencia definitiva en Squur.

—Hasta que Ri'sis lo arrojó por el desfiladero —murmuró.

Antes de zarpar, se despidió de Kjur.

—Mythis será vuestra reina. Lo hará bien y será justa —dijo.

—No ha sido tu esposa aún —alegó el troglodita.

—Fue mi esposa desde el primer momento, aunque no hubo nunca nada entre ambos. Ella debe tener hijos, pero su padre ha de pertenecer a vuestro pueblo. Prefiero marcharme ahora, cuando Mythis no ha tenido tiempo aún de crearse demasiadas ilusiones.

—Creo que te entiendo. Si un día quieres volver, siempre serás bien recibido. Nunca olvidaremos al hombre que fabrica flechas de fuego.

Sergio sonrió. Luego se acercó a Mythis, que aguardaba a unos pasos de distancia.

—Busca un hombre digno de ti —dijo, tomando una de sus manos—. Eres la reina, puedes elegirlo a tu gusto. Trata de ser mejor que Ri'sis.

Había lágrimas en los ojos de la troglodita. Entonces, como despedida, Sergio hizo un gesto sorprendente. Se inclinó y besó el dorso de la mano de Mythis.

Luego se encaminó hacia la astronave. Desde la escotilla, se volvió

y lanzó su última recomendación: —Abandonad los sacrificios humanos. Kjur y Mythis asintieron unánimemente. Quizá no en un futuro inmediato, pero sí a la larga, los troglodidas dejarían de sacrificar sus prisioneros a la bárbara deidad en que creían.

Sergio había estudiado a fondo el manual. A los pocos momentos, la nave, lentamente, flotando a un metro del suelo, abandonó el escondite en que había permanecido casi un cuarto de siglo.

Los trogloditas contemplaron con respetuoso temor la partida de la astronave. Momentos después, el aparato se había perdido de vista.

Entonces, Sergio leyó una vez más cierto párrafo del diario de a bordo, que había llamado poderosamente su atención desde el primer día:

"Hoy he dejado Phoetus —decía el escrito del capitán Sanderson—. Es un planeta condenado a la destrucción. Los terremotos son muy frecuentes y un día estallará en pedazos y dará origen a un nuevo cinturón de asteroides. Resulta lastimoso ver caminar hacia la catástrofe a un mundo tan agradable y placentero. He hablado muchas veces con mi amigo Syphor y me habría gustado llevarlo conmigo en mi viaje de vuelta, pero Syphor alega qué su esposa Dybila está en trance de ser madre por primera vez, aparte de que no quiere abandonar a su pueblo..."

Los párrafos, de aquella anotación seguían a lo largo de varias páginas. Había en ella dos datos importantes: la ruta a seguir para llegar a Phoetus y los nombres de los dos nativos citados por Sanderson. Syphor y Dybila.

Podía tratarse de una coincidencia, pero aquellos nombres correspondían exactamente a los padres de Elvira, según ella le había dicho meses atrás, cuando todavía estaban en la Tierra.

* * *

El suelo se estremeció ligeramente. Sergio paseó la mirada por los alrededores.

En Phoetus, se dijo, debían de estar muy preocupados con las continuas sacudidas sísmicas que agitaban la superficie del planeta,

cuando no habían reparado siquiera en la llegada de una nave extraña. Bien, era mejor así, nadie se preocuparía de su presencia.

La capital se divisaba a lo lejos, un conjunto de edificaciones bajas, de bastante amplitud, que se perdía parcialmente en la neblina del horizonte. Sergio pensó si no hubiera sido mejor aterrizar un poco más cerca, pero ya no quería mover la nave del lugar en que la había hallado, aparte de que, donde estaba, en una amplia hondonada, podía permanecer mejor oculta a la vista de testigos inoportunos.

Inició la marcha. Apenas había caminado cien pasos, un profundo trueno sacudió la tierra.

Sergio se tambaleó y cayó. El suelo se agitaba como el mar en un tempestad. No lejos de él, una enorme roca rodó por una ladera, aplastando la vegetación. De repente, con ojos dilatados por el asombro, la vio salir disparada al espacio.

Detrás de la roca, un enorme fragmento de la corteza terrestre se elevó hacia las alturas. Aquella masa que pesaba cientos de miles de toneladas, parecía volar como una simple pluma de ave.

Ardientes chorros de vapor brotaron del hueco que había dejado la roca arrancada a su emplazamiento. Sergio se puso en pie y echó a correr despavorido.

Dos kilómetros más adelante, se encontró inesperadamente con una carretera. Alguien viajaba por ella en dirección a la ciudad.

Sergio se puso en el centro del camino, en el que seveían numerosas grietas. El hombre que guiaba el carruaje frenó a los animales de tiro.

Eran bestias semejantes a los caballos terrestres, aunque de un tamaño algo mayor y más fuertes. El carro era grande, de dos ejes, y se veía cargado de bultos cuyo contenido no supo identificar Sergio.

—¿Puedo servirte en algo? —preguntó el conductor amablemente.

—Voy a la ciudad. Si quieres llevarme...

—Sube.

Sergio se acomodó en el pescante. Los animales reanudaron la marcha en el acto.

—Me llamo Sergio —se presentó el terrestre.

—Yo soy Andvor y voy a la capital a vender mis frutas. Pero me parece que el negocio no durará mucho tiempo.

—¿Por qué, Andvor?

—¡Qué cosas tienes! Demasiado sabes que los científicos se equivocaron. Phoetus se desintegrará mucho antes de lo calculado. Puede que antes de un año esté hecho pedazos.

Sergio se aterró. Entonces, el plazo de diez o quince años citado por Elvira...

—Resignación —dijo, como una evasiva respuesta.

—Sí, ¿qué otra cosa nos queda a los que no tenemos la fortuna de resultar agradables a Hipphar?

—Tú votaste en contra.

—Sí, y lo bueno del caso es que él lo sabe. Hizo trampa, ¿comprendes?

—¿Qué clase de trampa, Andvor?

—Bueno, todo votante tenía que entregar su papeleta que, en realidad no era sino una cartulina perforada con los datos personales de cada uno. Le resultó fácil hacer una derivación de la computadora que calculaba los resultados de la votación.

—Pero sólo votaron diez mil...

—Para cada uno de esos diez mil, había habido antes otros diez mil lo que significa un total de, aproximadamente, cien millones de votantes. Pero resulta fácil saber quiénes eligieron a los que votaron en contra.

—Sí, ya entiendo. Y tú...

—Voté a favor de uno que votó en contra de Hipphar.

—Lo siento, Andvor.

—Tú no eres de aquí. Hablas bien nuestro idioma, pero tu acento resulta extraño.

Sergio sonrió.

—Si me permites callar por el momento...

—Perdona mi curiosidad —se disculpó Andvor.

Durante unos minutos, charlaron de temas que se relacionaban con la catástrofe que se avecinaba. Luego, de pronto, Sergio quiso saber si su anfitrión conocía a Syphor y Dybila.

—Los conocía, en efecto —admitió Andvor—. Muchas veces les he llevado frutas de mis huertos...

—Has dicho que los conocías —repitió el terrestre.

—Sí, han muerto. Hypphar los asesinó, aunque disfrazó su crimen de acto de justicia.

—Tenían una hija, Dybila, como su madre. —Era el nombre nativo de Elvira, pensó Sergio.

Andvor meneó la cabeza.

—Dybila ha desaparecido —contestó—. Nadie sabe dónde está. La mayoría tememos lo peor.

Sergio sintió como si una garra helada se crispase dentro de su pecho. Elvira le había defraudado en cierta ocasión, pero el tiempo le había hecho reflexionar. Ella había sido educada de diferente modo, en un mundo distinto al suyo; su idiosincrasia, en muchos aspectos, tenía que ser básicamente distinta a la suya. Todo asunto tenía, al menos, dos puntos de vista.

A pesar de todo, buscaría a Elvira. No sabía cómo, pero conseguiría averiguar su paradero.

Y si había muerto, aunque no fuese más que en su memoria, haría que Hipphar, alias conde Dino Bissati, purgase caros los crímenes a que le había conducido su desatada ambición.

CAPITULOX

Había claras señales de los destrozos que los continuos seísmos habían causado en la población. Por fortuna, y ya desde hacía muchos años, los edificios, además de tener solamente una o dos plantas, estaban contruidos con materiales muy livianos, lo que reducía de un modo casi absoluto las posibles bajas humanas. Pero a Sergio se le hacía muy difícil no sólo caminar, sino vivir en un mundo donde el suelo temblaba casi constantemente.

Andvor le había prestado algunas monedas, de las que circulaban en Phoetus. Merced a ese dinero, Sergio había podido comer y alojarse en un modesto hotel, la mital del cual se había hundido a causa de un terremoto.

Durante el día, deambulaba constantemente en busca de Elvira. Hacía las preguntas con el máximo de discreción, pero nadie, hasta el momento, había sabido darle el menor detalle acerca de la muchacha.

Las gentes de Phoetus parecían tristes y deprimidas. Abundaban los guardias armados, que Sergio supuso incondicionales de Hippar. Tal vez el sujeto había dado un golpe de Estado, puesto que no le faltaban partidarios. Y en un mundo donde no había antecedentes de hechos semejantes, debía de haber resultado demasiado fácil echar al gobierno a la calle... o al cementerio.

Uno de los miembros del gobierno había sido Sy-phor, el padre de Elvira. Conociendo su suerte, era fácil deducir la de los demás componentes del gobierno del planeta.

Llevaba ya dos semanas en la ciudad y todavía no había conseguido nada positivo. De repente, cuando menos lo esperaba, se topó con un rostro conocido.

El hombre se paró en seco al verle. Sus ojos expresaron claramente el asombro que sentía.

—Tú —dijo a media voz.

Sergio sonrió.

—Aquí me tienes, Pivone —contestó.

El hombre hizo una fuerte inspiración.

—Conseguiste salvarte —dijo.

—Ida murió, Pivone.

—Lo siento. ¿Puedo hablar contigo? —solicitó el nativo de repente.

—Estoy deseándolo. Pivone le agarró de un brazo.

—Ven —dijo—. Conozco un sitio donde todavía sirven buen vino.

Sergio se dejó llevar. Tal vez Pivone le conducía a una trampa, pero había visto en su actitud algo que le aconsejaba confiar en él.

Minutos más tarde, entraban en una casa de techo bajo, con mesas y sillas. Pivone pidió una jarra de vino y dos vasos.

—De modo que Ida murió —dijo, después del primer trago.

—Sacrificada por los salvajes de Squur.

—Y tú te salvaste.

—Su reina se encaprichó de mí. Tuve suerte.

Pivone movió la cabeza arriba y abajo.

—Pero destruimos vuestra nave —recordó de pronto.

—Encontré otra en Squur. Te parecerá raro, pero algún día te contaré todo.

—No cabe duda: eres un hombre afortunado. Sergio, ¿o creas o no, me disgustó mucho lo que hizo Hipphar.

—¿Hipphar o el conde Bissati? —preguntó Sergio intencionadamente.

—Bah, ése era el seudónimo que Hipphar usaba en vuestro planeta —contestó Pivone despectivamente—. Siempre fue muy dado a las fantasías y... Yo mismotengo mi nombre nativo, como es lógico, pero no me importa que me llames de este modo.

—Parece que te sientes un tanto resentido con Hipphar —observó Sergio.

Pivone hizo un gesto con la cabeza.

—Te diré la verdad A mí me gustan algunas de las cosas que piensa Hipphar, aunque sus métodos resulten discutibles. No te vayas a creer que el gobierno de Phoetus estaba compuesto por santos; también habría mucho que decir de ellos, ¿comprendes? Pero se me hizo insostenible que abandonase a Ida en Squur.

—Ella le había sido fiel. Hizo todo lo que él le mandó.

—También era algo ambiciosilla, pero Hipphar la abandonó después de que ya había conseguido lo que le interesaba. Eso no me gustó en absoluto.

Sergio miró fijamente a su interlocutor.

—Seamos francos, Pivone —dijo—. Tú tienes miedo de que Hipphar te mate algún día.

—Ya no le sirvo para nada y sé muchos de sus secretos. Por ahora, claro, sigue creyendo en mi fidelidad. Pero no soy nadie y él quiere ocupar puestos muy altos, en realidad, ya los ocupa. Hipphar no tolerará que un tipo cualquiera pueda vivir sabiendo cosas que no deben ser divulgadas.

—Creo que te entiendo, —sonrió el joven—. Y, hablando de otra cosa, ¿cómo van las T. I..?

—Está terminando los dos primeros ejemplares. Y cuando los tenga listos, los probará. Luego iniciará la fabricación en serie, con los repetidores instantáneos.

—Eso no tardará mucho, supongo.

—Un par de semanas, a lo sumo.

—Lo cual significa que después se iniciará la evacuación de sus adictos.

—Exactamente.

Sergio se acarició el mentón durante unos instantes. Luego hizo una pregunta, que hormigueaba en su lengua desde hacía mucho rato:

—¿Dónde está Elvira?

—Yo puedo indicarte el lugar donde Hipphar la tiene prisionera, pero su liberación será cosa exclusivamente tuya —respondió Pivone.

Aún quedaban edificios de piedra en la ciudad, los cuales, según apreció Sergio, habían sido contruidos en una colina de sólidos basamentos rocosos, lo cual indicaba estabilidad en el subsuelo. En la noche de Phoetus, alumbrada por cuatro lunas diminutas, muy juntas, Sergio contempló el sombrío caserón, hecho de gruesas, losas de granito, en una de suyas estancias se hallaba Elvira.

Avanzó con gran cautela. Hippchar confiaba demasiado en sí mismo, pero ello no significaba que no tuviera vigilado el edificio. De pronto, vio a un centinela que se movía rítmicamente arriba y abajo.

Había permanecido muchas semanas en Squur. Durante aquel tiempo, sus músculos se habían endurecido y su cuerpo había adquirido un vigor y una fortaleza considerables. Aunque nunca había sido un alfeñique precisamente, en los últimos años, su trabajo sedentario le había hecho volverse un tanto indolente y despreocupado con respecto a su musculatura. Los ejercicios que solía practicar en la Tierra eran más bien destinados a conservar la flexibilidad de las articulaciones, que a cultivar realmente su musculatura.

Pero ahora las cosas erandistintas. Cuando el centinela le volvió la espalda, saltó sobre él y lo derribó de un seco puñetazo detrás de la oreja derecha.

El hombre cayó fulminado. Sergio se apoderó de una pistola térmica. Luego arrastró al desvanecido centinela hasta el otro lado de unos arbustos.

Había una puerta cerrada. Sergio fundió la cerradura de una descarga a baja tensión. Ahora ya sabía manejar aquellas armas.

Había un corredor débilmente iluminado. Al fondooyó voces detrás de otra puerta. Eran los soldados del cuerpo de guardia.

El corredor doblaba en ángulo recto hacia su izquierda. A veinte pasos de distancia, divisó otra puerta.

La segunda cerradura saltó. Sergio empujó con el codo. Elvira, acostada en un camastro, le miró con infinita sorpresa.

—Tú —dijo, sin creer apenas en lo que veía.

Sergio sonrió.

—Aquí me tienes —contestó—. Anda, vístete, pronto.

El joven se volvió de espaldas. Elvira saltó de la cama y empezó a ponerse las ropas.

—Eres la última persona de este mundo a quien habría esperado ver aquí —dijo ella.

—Yo tampoco soñé jamás con venir solo a Phoetus. Pero, ¿por qué estás encerrada? Sé que tus padres han muerto...

—A Hipphar le conviene que yo siga con vida.

—¿Por qué?

—Cree que he aprendido a construir una T. I. Por lo visto, los planos que Ida consiguió, a base de la exploración de tu mente, son defectuosos.

—Y piensa que tú sabrás encontrar ese defecto.

—Sí. Hipphar ha tomado mis negativas como el resultado de mi diferente forma de pensar o como una protesta por la muerte de mis padres. La verdad es que no sé en qué puede consistir ese defecto.

—Es curioso —murmuró él—. La grabadora hipnótica no puede equivocarse. ¿Por qué no acaba de hacer funcionar su T. I.?

Elvira se le acercó.

—Estoy lista —manifestó—. ¿Cuáles son tus planes?

—Lo primero, hacerte desaparecer de aquí. Anda, vamos.

Sergio tomó la mano de la muchacha, pero, de repente, Elvira desfalleció y se tambaleó.

—¿Qué te sucede? —preguntó.

Elvira estaba muy pálida. Sergio observó la profunda demacración de sus facciones. La delgadez del cuerpo de la muchacha resultaba patente..

—Diríase que ha estado matándome de hambre —adivinó.

—Estaba sometida a la dieta de un tercio de la ración normal —confesó ella.

—Lástima, no se me ocurrió traer algo de comida... Pero eso es algo que se solucionará bien pronto.

Sergio metió la pistola en el cinturón y cogió en brazos a la muchacha. Salió de la celda y echó a andar por el corredor.

Alcanzaron el recodo. Entonces, se encontraron de frente con Hiphphar.

* * *

En los delgados labios del sujeto lucía una sonrisa de superioridad absoluta. Detrás de él, había dos guardias armados con sendas pistolas térmicas.

Sergio oyó pasos a sus espaldas. Ya no le cabía la menor duda de que los soldados de la guardia estaban alertados.

—No tiren, nos rendimos —dijo calmamente.

Elvira procuró mantener la serenidad.

—¿Por qué no me mata de una vez y no lentamente, escatimando la comida? —exclamó.

Hiphphar se echó a reír.

—Puede que lo haga —contestó—. Sobre todo, ahora que tengo en mi poder al hombre que solucionará todos mis problemas.

—Supongo que no podré negarme —dijo Sergio.

—Ida empleó más de un narcótico con usted. Yo tango otros que pueden arrancarle toda la verdad y dejarle después convertido en un vegetal viviente, de tal modo, que ni siquiera sentirá deseos de alimentarse.

—Comprendo. Estamos en sus manos, conde... ¿Le importa que

emplee el tratamiento que usted usaba tan orgullosamente en mi planeta?

Hipphar se inclinó. —No soy exigente con respecto a los tratamientos —contestó—. ¿Tiene que pedirme algo, Sergio?

—Comida para Elvira. Luego hablaremos usted y yo.

—Está bien.

Los dedos de Hipphar chasquearon, a la vez que se apartaba a un lado.

—De todos modos, quiero darles el aperitivo —añadió, sonriendo de un modo que causó escalofríos de terror en Sergio.

Uno de los guardias abrió la puerta más cercana. Hipphar hizo un gesto al joven quien se acercó a la entrada, sin dejar de sostener a Elvira con sus brazos.

La joven lanzó un ligero grito y se desmayó. Sergio apretó las mandíbulas.

Suspendido por las muñecas de sendas argollas sujetas a la pared, Pivone le dirigió una mirada implorante. Su cuerpo estaba cubierto de sangre, que escurría constantemente de la infinidad de cortes que un sádico verdugo había hecho con su instrumento cortante.

—Hacía tiempo que sospechaba de él —dijo Hipphar—. Pude haber empleado medios menos dolorosos para interrogarle, pero, al mismo tiempo, quería castigar su traición.

—Ida no le traicionó, conde —gruñó Sergio.

—Era sólo un peldaño. Cuando uno sube la escalera, los peldaños se quedan atrás —contestó el sujeto fríamente.

—A veces, la escalera termina en un precipicio y el que la sube, se cae.

Hipphar rio despreciativamente.

—Yo no me caeré, descuide —contestó, seguro de sí mismo—. Bien, el traidor dijo cuanto yo quería saber, pero, sobre todo, algo sorprendente, tanto, que ni siquiera le creí en los primeros momentos. Usted no podía haber escapado de Squur, pero lo consiguió. ¿Cómo, Sergio?

—Suelta primero a Pivone. Después hablaremos. —Pivone está sentenciado ya.

Hipphar alzó una mano. Alguien disparó una pistola térmica. El cuerpo de Pivone llameó un poco y luego, se convirtió en una repugnante masa de carbón.

Elvira continuaba desmayada. Era mejor para ella, pensó Sergio, mientras se volvía hacia aquel repulsivo sujeto.

—Antes hemos hablado de comer —dijo, procurando mantener el dominio de sí mismo.

Hipphar hizo un amplio gesto con la mano.

—Me conviene que esté vivo —sonrió a la vez que uno de los guardias abrió una puerta cercana.

—Hable en plural, conde —dijo Sergio—. Todo trato que quiera hacer conmigo, deberá incluir forzosamente la vida de Elvira.

—No habrá objeción —contestó Hipphar, sonriendo con la seguridad de una serpiente que sabe no se le puede escapar el pajarillo al que ha fascinado con la mirada.

Al menos, así se podía definir la expresión de aquel sujeto, pensó Sergio, mientras cruzaba el umbral de la puerta.

Elvira daba señales de vida. La habitación estaba sobriamente amueblada y Sergio la dejó sobre una silla. Dos guardias trajeron platos con comida y vasos, además de dos botellas, una con agua y otra con vino. Sergio dio a la joven un poco de este último, y Elvira empezó a reaccionar.

Hipphar se despidió desde la puerta.

—Vendré más tarde, cuando hayan comido —dijo—. Además, supongo que querrán charlar un ratito a solas.

Una burlona carcajada fue el colofón de la despedida. Elvira lanzó un gemido.

—Será mejor que comas un poco —aconsejó Sergio.

—No tengo ganas.

—Debes esforzarte. Estás muy flaca y a mí no me gustan las

mujeres huesudas. Al menos has perdido diez kilos, así que imagínate lo que tienes que devorar para recobrar tu silueta anterior.

—Oh, Sergio, ya sé que tratas de animarme, pero, ¿cómo puedes tener ganas de bromear en estos momentos?

El joven sonrió, mientras atacaba los manjares que tenía en su plato.

—De nada sirve poner cara fúnebre. Nuestra situación no es buena, pero tampoco desesperada.

—Hippfar nos matará...

—Le conviene que yo siga con vida. Y mientras estabas desmayada, hice un trato con él. No aceptaré ninguna propuesta suya, que no incluya tu vida.

—Ese hombre no tiene respeto por nada ni por nadie...

—Sí, ya lo sé, pero podría pensar en matarte, puesto que ya tiene al hombre que va a solucionar sus problemas. Por tanto, deberá respetar tu vida o no tocaré un solo tornillo de su B. I.

—Parece que has cambiado de opinión hacia mí —observó ella.

Sergio sonrió.

—Todos estamos expuestos a cometer errores —contestó.

—Aquella reina salvaje quería matarte —dijo Elvira.

—Sí, pero tú podías haberla paralizado...

—Cuando se viaja a un planeta como Squur, es preciso llevar armas más potentes que un paralizador. Yo corría el riesgo de ser atacada por una banda de trogloditas. Cuando ha hecho cinco o seis disparos, el paralizador queda descargado. ¿Qué hubiera pasado entonces?

—Sí, es preciso admitir tu punto de vista, aparte de que Ri'sis podía haber dominado su genio un poco —murmuró Sergio pensativamente—. Pero esto no es cosa que preocupe ahora.

—En tu opinión, ¿qué es ahora lo verdaderamente importante?

—Hacer funcionar el R. I., pero, más todavía, burlar a Hippfar, porque, o mucho me engaño, o en cuanto tenga lista la maquinita,

dará orden de que nos rebanen el pescuezo.

CAPITULÓ XI

El suelo trepidó ligeramente. Sergio observó pensativamente la máquina de traslación instantánea, montada en una gran sala, con el mismo aspecto que las del profesor Würtzum. Había también una gran pantalla de televisión, en la que se aparecía la segunda máquina, en torno a la cual se afanaban varios individuos.

—¿A qué distancia está esa otra T. I.? —preguntó

Sergio.

—Dos mil metros. La hemos montado aquí, en Phoetus, sólo para pruebas. Cuando veamos que el sistema funciona satisfactoriamente, la llevaremos a Shyltom, junto con algunas R. L. —explicó Hipphar.

—A ver, ordene que traigan un animal para hacer una prueba.

Hipphar agitó una mano. Dos hombres salieron, para volver a poco con una bestezuela semejante al cordero. Mientras, Hipphar prevenía a sus colaboradores que estaban con la segunda transportadora.

El animal fue introducido en la caja de vidrio. Sergio hizo funcionar la máquina.

Pasaron cinco largos minutos antes de que el animal se viese de nuevo, tras su desaparición de la caja de vidrio. Había línea de sonido con la otra T. I. y Sergio pudo escuchar claramente el informe:

—El animal está intacto, pero muerto.

Hipphar lanzó una maldición.

—Este problema es el que no hemos podido solucionar —barbotó, colérico.

—Tal vez la inestabilidad del suelo tenga algo que ver con este defecto de funcionamiento —opinó Sergio—. Pero no puedo asegurar nada, mientras no haya revisado la máquina a fondo, desde el primer circuito al último tornillo.

—Está bien, empieza. ¿Cuántos días tardarás?

Sergio se encogió de hombros.

—No puedo dar una fecha definitiva —contestó—. Pongamos dos semanas, es todo cuanto puedo decir.

Hipphar maldijo hasta que se quedó sin aliento. Al fin, señalando a la máquina, dio una orden:

—¡Empieza!

Sergio señaló a su vez hacia la puerta.

—Largo de aquí. Todos —dijo.

Hipphar contuvo un gesto de ira, pero acabó por marcharse, seguido de sus acólitos. Al tiempo de salir, Sergio le hizo una petición:

—Envíanos comida y bebida en abundancia. Vamos a estar aquí muchos días y no queremos pasar hambre.

Al quedarse solos. Sergio se fue hacia el televisor y lo desconectó. Luego, sonriente, se volvió hacia Elvira.

—De momento, hemos ganado dos semanas de tiempo. Pero puede que no necesitemos tanto tiempo —dijo alegremente.

—No veo la causa de tu buen humor...

—Es que sé por qué no funciona la máquina.

Elvira abrió los ojos enormemente.

—Y te lo has callado —dijo.

—Claro. Simplemente, se trata de que le apliquen una tensión insuficiente.

—Oh, ya entiendo. Se necesita más energía.

—Justamente.

—Pero no comprendo por qué no lo saben, si te sacaron de la mente todo cuanto sabías —alegó Elvira—. Los planos y anotaciones que Ida consiguió por segunda vez, deberían resultar exactos.

—Y lo son. Todo está en perfecto orden, salvo el asunto de la tensión. Pero estoy por sospechar que Würtzum, más listo de lo que parece, me hizo ver una tensión inferior a la que se necesita realmente. Hans sabía que yo encontraría ese defecto al reproducir la

máquina en otro sitio.

—Sí, ahora todo parece claro. El profesor sabía que te habían narcotizado una vez y que era algo que se podía repetir.

—Exacto.

Sergio divisó un cómodo diván y se sentó, a la vez que ponía las manos en la nuca.

—Bueno, ahora sólo falta esperar —dijo apaciblemente.

—¿A qué?

—A que nos traigan la comida, claro.

—Pero si no hace una hora que hemos terminado. .

—Te conviene engordar.

Elvira se sonrojó.

—¿Tan flaca me encuentras? —preguntó.

—Esquelética —respondió él con absoluta sinceridad.

* * *

Los días transcurrían sin alteraciones de importancia. Sergio fingía trabajar, pero, en realidad, buscaba el medio de escapar de aquel lugar.

El suelo temblaba con frecuencia. Sergio se sentía aprensivo hacia el edificio en que estaban encerrados temeroso de que el techo se les cayera un día sobre sus cabezas.

Pero la fuga era imposible. Día y noche, a todas horas, había un nutrido piquete de guardias, de los que cuatro estaban constantemente ante la puerta del laboratorio.

Hipphar venía de cuando en cuando a observar la marcha de los trabajos. Sergio le contestaba siempre con la misma frase: la revisión de los circuitos no se podía hacer en un solo día.

—Yo estoy pensando en una solución más cómoda para la T. I. —dijo, una semana más tarde, cuando se quedaron solos después de la impaciente y poco agradable visita de Hippchar.

—¿Cuál es esa solución? —preguntó Elvira que ya volvía a ser la de antes.

—Un generador individual por máquina, en lugar de uno para todas —respondió él—. Pero ese generador necesitaría tener una gran potencia y eso sólo se conseguiría con el "energium".

—Nadie sabe dónde está...

—Yo tengo una docena de toneladas en la nave. Con un decímetro cúbico, es decir, cincuenta y dos kilos de "energium", podría hacer funcionar una T. I. durante un año seguido.

—¿Quieres decir que has encontrado el yacimiento de "energium"? —se asombró Elvira.

—Sí.

Hubo un momento de silencio. De pronto, se oyó un sordo rumor que provenía de las entrañas de la tierra.

— Otro terremoto —suspiró la joven—. Un día, Phoe-tus saltará en pedazos y doscientos millones de personas...

—Las reproductoras tendrán que construir varios millares de T. I. ¿Podrán hacerlo?

—Sin dificultad alguna, a razón de una cada dos minutos. Puesto que disponemos de varios cientos de reproductoras.

—¡Qué mundo éste! —exclamó Sergio, mientras el fragor del terremoto parecía aumentar de intensidad. De súbito, chasqueó los dedos—. Ya tengo la idea para escapar de aquí.

Ella le miró esperanzada.

—Habla —pidió.

—Aguarda un poco.

El suelo tembló una vez más. Entonces se acercó hacia la puerta, la abrió y lanzó un grito desesperado.

—¡Corred! ¡Escapad antes de que sea tarde! ¡Los sismógrafos anuncian un terremoto de intensidad máxima! ¡Esto se va a hundir dentro de pocos minutos!

Los guardias miraron un instante al joven. Luego, de repente, aterrados, pensando únicamente en su salvación, echaron a correr en masa, enloquecidos por el pánico.

Hipphar, acompañado por Martone, llegaba en aquel momento. Veinte hombres llenos de miedo les atropellaron, sin reparar en su rango, derribándolos al suelo violentamente y pisoteándoles en su ansia loca por huir de la catástrofe.

Sergio agarró la mano de la muchacha y tiró de ella. Al llegar a la puerta exterior, vieron a Hipphar y Martone, magullados y aturdidos aún por la estampida humana que los había arrollado.

Martone intentaba sentarse en el suelo. Sergio levantó la rodilla y la estrelló contra su mentón. Hipphar tartajeaba palabras ininteligibles, ebrio de ira, pero, al mismo tiempo, impotente para moverse, a causa de los golpes y pisotones que acababa de recibir.

Sergio no quiso despedirse sin su "óbolo" y movió el pie derecho. Hipphar lanzó un rugido y se desplomó sin sentido.

—Vamos, Elvira —gritó a continuación.

—¿Adonde? —preguntó ella.

—Quizá esté un poco lejos, pero tenemos un refugio seguro —respondió el terrestre.

* * *

Fueron dos meses de trabajo continuo y agotador, pero el éxito coronó las esperanzas que Sergio había puesto en su labor. Al terminar, después de las pruebas correspondientes, Sergio buscó una cama y durmió casi veinticuatro horas seguidas.

Despertó, fresco y descansado. Elvira le trajo comida.

—¿Y ahora? —preguntó.

—Llama a Andvor —dijo él.

Elvira obedeció. El granjero apareció a los pocos momentos.

—Sigues llevando tus productos a la ciudad —dijo Sergio.

—¿Por qué iba a suspender mi labor? —sonrió Andvor.

La granja había sido el escondite perfecto para la pareja de fugitivos. Ni una sola vez habían aparecido por allí los esbirros de Hiphphar.

—Lamento tener que Harte malas noticias, Andvor

—dijo el joven—. Tus campos van a ser arrasados y, probablemente también, tu casa. Pero si lo deseas, serás de los primeros en viajar a Shyltom.

—Hay muchas tierras fértiles, sin dueño, en aquel planeta. Volveré a empezar —contestó Andvor sencillamente.

—Muy bien. Antes de empezar, trasladaremos una T. I. a Shyltom, naturalmente, con su circuito de televisión. —Sergio se volvió hacia Elvira—. Tendrás que quedarte allí para manejar la estación receptora.

—Por supuesto, aunque me gustaría más seguir a tu lado. Yo podría indicarte el nombre de un científico de confianza que podría encargarse de la labor. Además, es experto en R. I.

—No está mal. ¿Cómo se llama? —Ezhynos. Sé dónde vive... —Andvor, ¿cuándo piensas ir a la ciudad? —Si lo necesitas, mañana —contestó el interpelado. —Está bien. Elvira, mañana iremos tú y yo a buscar a Ezhynos —decidió Sergio.

Andvor enganchó su carreta cuando todavía era de noche. El vehículo llevaba un soporte especial sobre la plataforma de carga, en el que se acomodaron los dos jóvenes. Las cajas de frutas y verduras les ocultaron por completo.

Aquel mismo día, al anochecer, estaban en presencia de Ezhynos.

Era un hombre todavía joven, de buena presencia, aunque había amargura y preocupación en sus facciones.

—Se te encomendó una misión, Elvira. No se puede decir que tu elección resultara un acierto —dijo, con acento de reproche.

—Perdón —intervino Sergio—. Las culpas, si las hay, deben ser repartidas entre todos. ¿Por qué se dijo primero que la desintegración de Phoetus tardaría de diez a quince años, cuando antes de un año se habrá convertido en polvo este planeta?

—Bueno, un error en los cálculos... —Ah, de modo que Elvira no tiene derecho a cometer errores. ¿Usted no los comete nunca, Ezhynos?

El científico se sonrojó con violencia.

—Dejemos esto ahora —terció la joven—. Hablemos de lo más importante. Ezhynos, necesitamos tu colaboración.

—¿Qué es lo que quieren de mí?

—Simplemente, que viaje hasta Shyltom y se encargue del funcionamiento de la T. I., que se instalará allí. Yo le enseñaré su manejo, nada difícil por otra parte, una vez que se ha construido la máquina y se sabe que funciona sin fallos.

—Muy bien, pero falta una astronave...

—Yo la tengo —sonrió Sergio.

Estaba en la granja, donde la había trasladado una noche, después de su fuga. La nave serviría también para el transporte de la primera T. I. que recibiría los cuerpos de las personas enviadas a través del espacio.

—Y también necesitamos una R. I. —añadió Elvira.

—Conozco a alguien que puede proporcionarnos unas cuantas máquinas —declaró Ezhynos.

—¿Es de confianza? —preguntó Sergio.

Ezhynos sonrió.

—Mi esposa —contestó—. Pero, francamente, me gustaría conocer sus planes. Hipphar se ha vuelto poco menos que todopoderoso y será muy difícil derrotarle... suponiendo que lleguemos a conseguirlo.

—Hay muy pocos hombres que resistan a la tentación de sobrevivir, por muy fieles que sean a una persona o a una idea —contestó Sergio enigmáticamente.

Luego habló durante un buen rato. Ezhynos y Elvira le escuchaban atentamente. Al terminar, Ezhynos se mostró por completo de acuerdo con el plan que había expuesto el terrestre.

—Empezaremos mañana sin falta —prometió Ezhynos.

Cuando salieron, era de noche.

Sergio y Elvira caminaron hacia el lugar donde Andvor les aguardaba con su carreta. De repente, Sergio creyó notar que les seguía un individuo.

Su mano estaba en el brazo de la muchacha. Con voz natural, dijo:

—Elvira, no te asustes. Nos siguen.

Ella se estremeció ligeramente.

—Algún esbirro de Hipphar —supuso.

—Muy pronto lo comprobaremos —aseguró él..

Continuaron andando durante unos minutos más. De pronto, Sergio se metió por una calle lateral, en la que no habría visto ninguna luz.

El sospechoso siguió su mismo camino. De pronto, desconcertado, se detuvo al ver que la pareja a la cual seguía se había esfumado.

Alargó el cuello para ver en la oscuridad. Súbitamente, dos fuertes manos surgieron de las tinieblas y aferraron su cuerpo con fuerza indescriptible..

—Yo tenía razón —dijo Sergio—. Es Martone... por llamarlo por su nombre terrestre.

El esbirro gorgoteaba y se agitaba furiosamente, en su ansia por librarse de aquel dogal que le impedía respirar. Elvira contemplaba la escena con aprensión y temor al mismo tiempo..

—¿Habrás avisado a Hipphar? —preguntó.

—No lo creo —respondió Sergio—. Más bien opino que se trata de un encuentro casual, pero de lo que no cabe duda es que trataba de hacer méritos ante su jefe.

De repente, Elvira lanzó una exclamación.

En vista de que sus forcejeos habían resultado inútiles hasta el momento, Marton había sacado su pistola térmica. Elvira se abalanzó sobre él y agarró su brazo con ambas manos.

—¡Sergio, suéltalo!

El joven obedeció instantáneamente. Elvira dio un salto atrás, con notable agilidad.

El gesto de la muchacha había desviado el arma cuyo cañón se había apoyado durante un segundo en el costado del esbirro. Marton quiso gritar, pero ya no era más que una masa de carbón que humeaba apestosamente.

El cuerpo ennegrecido de Marton rodó por tierra. Sergio agarró la mano de Elvira y tiró de ella con fuerza.

—¡A correr! ¡Andvor nos está aguardando! —exclamó.

CAPITULOXII

De pronto, un día, empezaron a aparecer numerosos pasquines pegados en todas las paredes de la ciudad.

"¡Viaje a Shyltom gratis e instantáneamente! Seguridad absoluta. Transporte para todos los nativos de Phoetus, sin excepción.

"¿Acaso sólo los amigos de Hipphar tienen derecho a salvar la vida?

"Si quiere ir a Shyltom, pida un pasaje gratuito en la granja de Andvor."

Hipphar bramó de rabia cuando uno de sus subordinados le enseñó un ejemplar de los carteles que circulaban profusamente por toda la ciudad.

Ahora comprendía la argucia de Sergio. Durante tres meses, había buscado inútilmente al terrestre y a su amiga. Sergio había demostrado ser astuto, pero ello no significaba que hubiera conseguido derrotarle.

Aún tenía que decir la última palabra, pensó, mientras se esforzaba por recobrar la calma que había perdido durante unos momentos.

Miró al hombre que tenía frente a sí.

—¿Coronel?

—Sí, señor.

—Vaya a la granja de Andvor y tráigase prisioneros a Sergio Branell y a Elvira Mihar. No vuelva con las manos vacías o se quedará en Phoetus. ¿Lo ha comprendido, coronel Ihattar?

—Traeré a los prisioneros, señor —aseguró Ihattar.

Hipphar soltó un bufido. A través de la ventana de su despacho, podía divisar largas columnas de personas que se deslizaban lenta y silenciosamente hacia la salida de la ciudad.

—Aprisa, coronel —dijo.

Ihattar salió. El suelo trepidó con fuerza. A Hipphar le pareció que era una carcajada de burla emitida por el enemigo a quien no había conseguido derrotar a pesar de sus esfuerzos.

La granja de Andvor hormigueaba de gente. Sergio, Elvira, el granjero y su esposa procuraban calmar a los más impacientes.

—Tranquilidad, amigos. Habrá T. I. para todos. Nadie se quedará en Phoetus, os lo aseguro —repetía Sergio una y otra vez.

De repente, sonaron unos gritos de dolor. Sergio volvió la cabeza.

Alguien se abría paso a viva fuerza. Golpeando a la muchedumbre con sus porras, veinte hombres llegaron hasta el amplio cobertizo donde Sergio había instalado su T. I.

El hombre que mandaba la fuerza se presentó, arrogante, ante Sergio.

—Soy el coronel Ihattar —dijo—. ¿Es usted Sergio Branell?

—El mismo, coronel.

—Ahí veo a Elvira Mihar, con un nombre distinto al que usaba, por cierto.

—Este me gusta más, coronel —dijo la aludida sonriendo.

—Tengo órdenes con respecto a ustedes dos —manifestó Ihattar—. Debo llevarlos arrestados. Por favor, no me obliguen a emplear la fuerza.

Sergio no se inmutó.

—Coronel, es de suponer que esas órdenes proceden de Hipphar —dijo.

—Así es —confirmó el interpelado.

—Muy bien, Hipphar, es evidente, tiene sus planes, pero... ¿ya entra usted en ellos?

Ihattar se encrespó..

—No sé a qué se refiere...

—Es probable que Hipphar piense más en sí mismo que en la salvación de los demás. Bastaría recordar la suerte que corrió Ida y lo que le pasó a Pivone... pero, de todos modos, y antes de acompañarle, ¿le gustaría presenciar una prueba con la T. I.? '

Ihattar vaciló. Andvor y su esposa se adelantaron un paso

—Estamos listos —dijo el granjero..

Los soldados formaban un círculo de rostros ávidos. Sonriendo, Sergio dijo:

—Coronel, unos minutos, por favor.

Andvor y su mujer entraron en el cajón. Pendiente de una de las paredes había una gran pantalla de televisión, en la que se divisaba otra máquina idéntica.

Ezhynos y su esposa se hallaban junto al aparato. La voz del primero sonó claramente en el cobertizo:

—Cuando quieras, Sergio.

—Ahora mismo, Ezhynos.

Instantes después, Andvor y su esposa habían desaparecido, para reaparecer en el otro cajón. Luego salieron, sonriendo y haciendo gestos con la mano..

—¿Dónde estáis, amigos? —preguntó Sergio.

—Aquí, en Shylthom —respondió Andvor—. Un viaje perfecto, sin el menor inconveniente.

La estación receptora había sido instalada al aire libre. La mujer de Ezhynos manejaba la cámara y efectuó un "barrido" de casi 360° a fin de mostrar el panorama circundante.

—No cabe duda, es Shyltom —dijo Ihattar, estupefacto.

—Ellos están ya a salvo —declaró el terrestre. De pronto, alzó la voz—: Muchachos, ¿alguno de vosotros tiene ganas de quedarse en Phoetus?

Un enorme griterío acogió las palabras de Sergio. El terrestre había contado con la natural reacción de unos hombres que veían la salvación al alcance de sus ojos. Ihattar intentó protestar y restablecer la disciplina, pero una mano venenosa manejó la porra con eficacia.

Ihattar rodó por tierra sin sentido. Sergio abrió la puerta del cajón de vidrio.

—Calma, chicos, hay sitio para todos. De dos en dos, por favor...

Minutos más tarde, los veinte soldados saltaban y reían alborozados en la superficie de Shyltom. Ihattar, recuperado, contempló la escena con sombría expresión.

—Coronel, la elección depende de usted —dijo Sergio, apuntándole con su propia pistola—. Hay dos cosas seguras, absolutamente seguras: usted no me va a llevar a presencia de Hipphar... y el perfecto funcionamiento de la T. I.

Ihattar asintió lentamente, mientras contemplaba el arma que Sergio empuñaba con mano firme.

—Elijo la T. I. —decidió.

Sergio hizo un gesto con la mano.

—Viaje gratuitamente hacia su salvación, coronel -dijo.

Treinta segundos más tarde, Ihattar aparecía en la superficie de Shyltom.

—Salude a Hipphar de mi parte —gritó..

—Cumpliré mi encargo con sumo gusto, coronel —respondió Sergio alegremente.

Luego se volvió hacia la muchacha.

—Voy a tranquilizar a esas gentes que aguardan en el exterior —manifestó.

Salió fuera. Grandes rumores surgieron de la muchedumbre que se aglomeraba en las inmediaciones del cobertizo.

Sergio alzó las manos para imponer silencio. Cuando lo hubo conseguido, exclamó.

—Amigos, calma, por favor. Nadie se quedará en Phoetus, todos se salvarán, os lo garantizo. Sólo os pido un poco de orden y algo de paciencia para que todo salga a la perfección. La T. I. funciona satisfactoriamente y sólo son necesarias muchas R. I. para conseguir más máquinas de traslación instantánea. En pocas semanas, todo el mundo habrá sido evacuado a Shyltom, os lo garantizo.

Hizo una corta pausa y añadió:

—Por favor, necesito unos cuantos voluntarios con un mínimo de conocimientos técnicos, sobre todo, enR. I. El trabajo será inmenso y no podrá ser realizado por dos personas solamente.

Media docena de hombres se adelantaron en el acto. Sergio, satisfecho, emitió una larga sonrisa.

Luego se volvió hacia la joven.

—Elvira, empieza a instruirles en el manejo de la máquina —dijo.

—Sí, pero... ¿por qué no tú...?

Sergio puso cara grave.

—Tengo que hacer una visita —contestó.

Ella contuvo una exclamación. Pero no se atrevió a objetar nada a la decisión del joven, porque estimaba que era algo lógico.

El choque entre Sergio e Hipphar resultaba inevitable. .

* * *

Hipphar permanecía sentado detrás de su mesa de despacho. Ni siquiera se movió cuando vio que se abría la puerta.

—Pasa, terrestre —dijo.

—¿Me aguardabas? —preguntó Sergio.

—Habría sentido una gran decepción si no hubieras venido.

—Era algo inevitable, conde. ¿O prefieres que te llame Hipphar?

Una mano se agitó, displicente.

—El nombre no tiene importancia ahora —respondió Hipphar.

—Muy bien. En tal caso, habla. Si es que tienes algo que decirme, claro.

—¿Me crees derrotado?

—Rotundamente, sí.

—Me has dado muchos quebraderos de cabeza, es forzoso admitirlo. Pero todavía no he dicho tu última palabra.

—Hipphar, tú también me has dado bastantes disgustos. He corrido serios peligros por tu culpa y . Pero no es ése el reproche principal que debo hacerte.

A fin de cuentas, me considerabas tu enemigo. Tenías que combatirme.

—Una actitud muy razonable, Sergio.

—Sin embargo, he de hacerte otros reproches. Ida era tu aliada. La abandonaste sin misericordia a sangre fría, sin importarte en absoluto lo que ella había hecho en tu favor. Yo puedo comprender tu postura en este asunto político; incluso, aunque no me guste, entiendo perfectamente que elimines a tus enemigos, como, por ejemplo, los padres de Elvira.

—La carrera hacia el poder implica salvar muchos obstáculos. Y algún que otro sacrificio.

—Sobre todo, cuando los sacrificios no son uno mismo, ¿verdad?

Hipphar sonrió levemente.

—Guardaré siempre un grato recuerdo de la devoción y el afecto que sintieron hacia mí —dijo.

—La devoción y el afecto que Ihattar sentía hacia ti, no le impidieron aprovechar una buena ocasión para salvarse.

—Siempre hay espíritus débiles, es algo con lo que se debe contar en todo momento.

—Eso es cierto, pero ahora te has quedado solo. Hasta tus más fieles partidarios te han abandonado, cuando han visto que seguirán siendo minoría en Shyltom.

—Eso no tiene importancia. Cuando yo llegue allí, reorganizaré mis huestes de nuevo. Todo es cuestión de paciencia... y de elegir mejor a los más íntimos colaboradores. Ahora han flaqueado, pero las oportunidades, en Shyltom, serán óptimas. A fin de cuentas, es preciso establecer un orden...

—A tu gusto.

—Claro.

Sergio meneó la cabeza.

—Hipphar, llegué a pensar que habías abandonado tus locos propósitos, pero está visto que no hay forma de cambiar tu mente.

—No, no la hay —admitió Hipphar sin pestañear.

—Pero si vas a Shyltom te reconocerán...

—¿Crees que es tan difícil cambiar de aspecto?

—Ah, sí, ya entiendo. Pero yo no...

Una pistola térmica apareció de repente en la mano de Hipphar.

—Sergio, esto se ha acabado ya —cortó fríamente.

—¿Vas a disparar contra mí?

Hipphar se echó a reír.

—Resultaría poco divertido —contestó—. Me ha costado algún tiempo, pero, al fin, he averiguado por qué las T. I. que hemos construido aquí no funcionaban correctamente.

—Y habéis corregido el defecto.

—Sí. Cuando hicimos la prueba en tu presencia, la máquina recibía insuficiente energía. Pero ahora ya podemos suministrarle toda la que necesita. ¿Quieres caminar delante de mí, por favor?

Sergio se volvió, con las manos en alto. La pistola de Hipphar le empujó hacia la salida.

Momentos después, se hallaban en el laboratorio. La puerta de la transportadora estaba abierta.

—Aquel día —dijo Hipphar—, el animal de prueba llegó completo, pero muerto, porque la energía recibida por la máquina era escasa. Lo entiendes, ¿verdad?

—Ahora tú pretendes hacer lo mismo conmigo —dijo Sergio.

Hipphar sonrió perversamente.

—Aquel día —repitió—, la máquina recibía solamente un ochenta por ciento de la energía precisa. Hoy aumentaré la potencia al noventa por ciento.

—Será un bonito espectáculo —auguró Sergio irónicamente.

—Más todavía: he conseguido que la máquina funcione automáticamente, simplemente con cerrarla de un portazo. También yo entiendo algo de esta clase de cacharros.

—Muy ingenioso, Hipphar.

—Sí, ciertamente. —La voz del sujeto se convirtió de pronto en un estridente mandato—: ¡Entra!

Sergio permaneció inmóvil. La pistola se apoyó con más fuerza en su espalda.

—¡Entra o te carbonizo! —rugió Hipphar.

El suelo retembló levemente. De súbito, Sergio saltó a un lado, a la vez que giraba con los pies en el aire.

Cuando tocó el suelo, ya tenía en sus manos el brazo de Hipphar. De nuevo volvió a girar, pero ahora sobre

sí mismo.

Hipphar lanzó un chillido de angustia al sentirse irresistiblemente lanzado hacia adelante. El tremendo impulso de Sergio lo proyectó dentro del cajón de vidrio.

Hipphar chocó contra la pared de vidrio, rebotó y cayó al suelo de mala manera. En el momento en que se incorporaba, vio alzarse el pie derecho de Sergio.

—¡No, no...! —chilló despavorido.

La puerta se cerró con tremendo golpazo. Una fracción de segundo más tarde, aquella figura humana que estaba dentro del cajón, se disolvió en una repugnante explosión de color rojo.

Sergio volvió la cabeza. Hizo una fuerte inspiración y luego, sin mirar atrás, abandonó el laboratorio.

Aquella misma tarde, se reunió de nuevo con Elvira.

Ella le dirigió una mirada interrogante. Sergio sonrió:

—El peligro ha pasado —dijo.

Elvira corrió impulsivamente hacia él y le abrazó con todas sus fuerzas. Pasados unos momentos, consiguió serenarse.

—Cuando todo esto haya acabado, volverás a la Tierra —murmuró, con los ojos húmedos.

Sergio sonrió alegremente.

—Todavía queda mucho tiempo para tomar una decisión —contestó.

* * *

Casi un año más tarde, Sergio, Elvira y sus amigos contemplaron una terrible escena, reflejada en una pantalla conectada con un potente televisor.

Las imágenes tenían una nitidez asombrosa. El color era de una absoluta perfección.

Ya se veían enormes grietas en la superficie de Phoetus. Enormes trozos de planeta salían disparados al espacio, partiéndose luego a su vez en infinidad de fragmentos más pequeños.

De súbito, el planeta se abrió en tres o cuatro gajos de tamaño colosal. En el centro se veían rojizos resplandores, de los que brotaban enormes llamaradas. No se percibía el menor ruido. La fragmentación de Phoetus se producía sin ruido, tan despacio, aparentemente, que parecía la visión de una película tomada a cámara lenta.

Muy despacio, los fragmentos de Phoetus empezaron a dispersarse por el espacio. Las llamaradas del fuego central alcanzaban distancias increíbles.

—Muy pronto, es decir, todavía dentro de bastantes años, este sistema dispondrá de su propio cinturón de asteroides —dijo Sergio. Elvira se volvió hacia él.

—Eso es cierto, pero hay algo más inmediato y que me gustaría discutir contigo —manifestó. —Muy bien, habla.

—Dijiste que, cuando todo hubiese terminado, tomarías una decisión con respecto a tu vuelta a la Tierra. Es hora ya de que digas lo que piensas hacer.

Una ligera sonrisa apareció en los labios del joven.

Antes de contestar, Sergio paseó la vista por los alrededores.

Había árboles, agua, hierba en abundancia, flores de todos los colores, animales que podían ser domesticados... El cielo era azul, con algunas nubes blancas.

Aquí y allá se veían ya las primeras casas, edificadas por los evacuados de Phoetus. Shyltom era un mundo en formación, pensó.

Y no le esperaba nadie en la Tierra. Además, en todo caso, podía hacer algún viaje a su mundo natal. A Würtzum le gustaría conocer el resultado de su invento.

—¿No me dices nada? —preguntó Elvira, impaciente, en vista de su silencio.

Sergio se echó a reír, a la vez que rodeaba sus hombros con el brazo.

—Un día, un viajero del espacio llegó aquí y os hizo conocer la existencia de un mundo, en el que un sabio chiflado había construido una máquina maravillosa. Fue por eso por lo que tú viajaste a la Tierra, ¿no es así?

—Cierto —admitió ella.

—En la Tierra me encontraste a mí... Y yo te encontré a ti. Vamos a hacer una prueba y, espero, podremos resistirla.

—¿Qué prueba, Sergio?

—Simplemente, vamos a tratar de ver si podemos aguantarnos mutuamente mientras tengamos vida.

Elvira apoyó su cabeza en el pecho del joven.

—¡Oh, Sergio, será tan fácil...! —suspiró.

FIN